

# EPISODIOS Y AVENTURAS



RAMON SOPENA · EDITOR  
PROVENZA · 93 A 97 · BARCELONA

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

EPISODIOS  
Y AVENTURAS

La. Pineda 1945  
\$1.50

POR

S. H. HAMER



Con dos ilustraciones en cromotipia  
y treinta en negro.

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.  
Provenza, 95. — BARCELONA  
1936

Published in Spain

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

183 x 244

Proc.  
82-34

Derechos reservados.

# EPISODIOS Y AVENTURAS

---

## FRACASO ESPLENDIDO

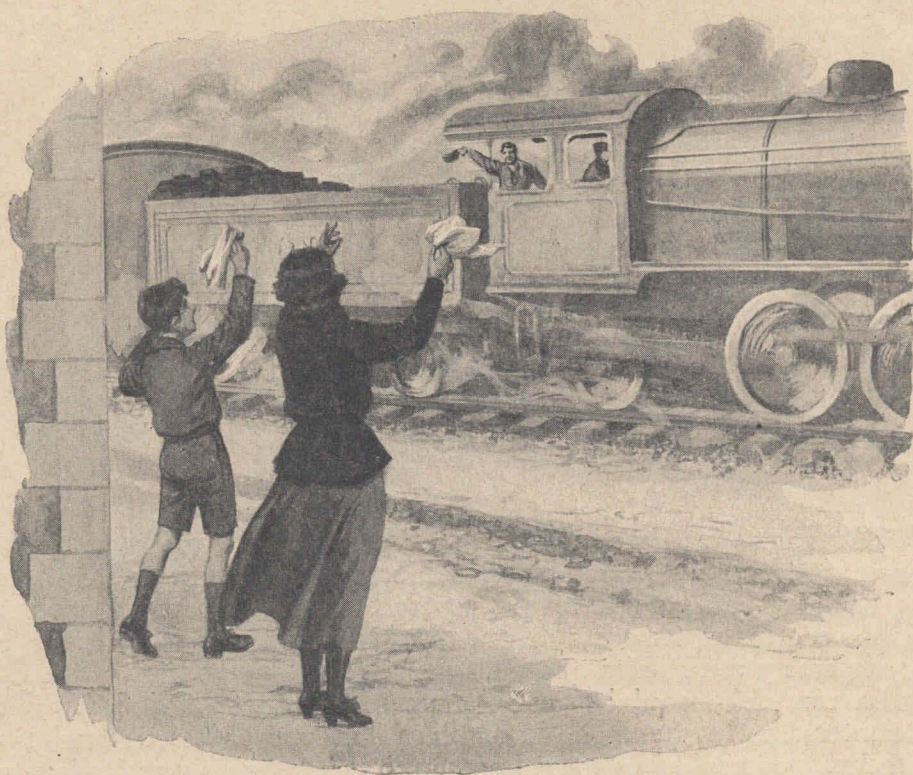
Estamos en los Estados Unidos. El expreso de la noche se arrastra vertiginosamente, atronando los silenciosos valles y las soñolientas ciudades. La potente máquina parece escudriñar con su enorme ojo los contornos, temerosa de que alguien pueda caer sobre la carga de viajeros y mercancías que lleva consigo.

La cara del maquinista, Guillermo, refleja cierta ansiedad, pues recientemente los trenes de la empresa han sido objeto de terribles ataques, y pocos días antes un tren correo fué detenido y asaltado por una cuadrilla de ladrones que robaron á los viajeros, se apoderaron de la correspondencia y arrojaron de la locomotora al maquinista. Los empleados estaban prevenidos, pues, y observaban cuidadosamente la vía, porque, precisamente en el momento en que da comienzo nuestra historia, el tren cruzaba una región desolada, peligrosa.

Iba el expreso atestado de pasajeros, y si llegaba á caer en poder de los bandidos, el fruto del asalto sería cuantioso. El maquinista Guillermo tenía la intuición de que aquella noche iban á asaltar el tren, y no omitía precauciones y hasta cierto punto había perdido su habitual tranquilidad.

Pero como la primera parte del viaje había transcurrido sin incidentes, Guillermo empezó á tranquilizarse, y á pensar que llegaría sin contratiempo á su destino.

El tren no tardaría en pasar por delante de la aldea donde se encontraba la casa de Guillermo. Ésta estaba situada al borde mismo de la vía, y siempre que el maquinista pasaba guiendo el tren durante el día, solía ver á su esposa y á su hijo que, de pie junto á la puerta, le decían adiós. Seguramente no vería esa noche luz en las ventanas, y los seres que tan queridos le eran estarían durmiendo tranquilamente cuando pasase. Doce años tenía su hijo, que se llamaba José, y era muchacho muy aficionado á las cosas ferroviarias, conocedor de las



...solía ver á su esposa y á su hijo que, de pie junto á la puerta, le decían adiós. (Pág. 1.)

horas de paso de los trenes, y que no pocas veces había acompañado en la plataforma de la máquina á su padre en viajes cortos.

Al pasar junto al lugar en que estaba su casita, al maquinista le llamó la atención una luz vacilante que aparecía en el frente. La luz se movía de acá para allá, como si la intención del que la llevaba fuera no pasar inadvertido. Instintivamente, Guillermo disminuyó la velocidad del tren, y á medida que avanzaba fué convenciéndose de que la luz era una señal cuyo significado no acertaba á comprender. Y, al acortarse la distancia, vió que la luz era causada por un farol que un muchacho llevaba en la mano; rápida como un relámpago penetró entonces en la mente de Guillermo la idea de que ese muchacho podía ser muy bien su hijo José, que quería darle alguna noticia.

No se atrevió á afrontar la responsabilidad de parar el tren, pero al pasar la máquina lentamente frente al lugar donde estaba el muchacho, Guillermo se agachó, asió á la criatura, y sin gran esfuerzo lo subió á la máquina. El farol se había escapado de las manos del muchacho, que resultó ser José, pero en un estado de excitación imposi-

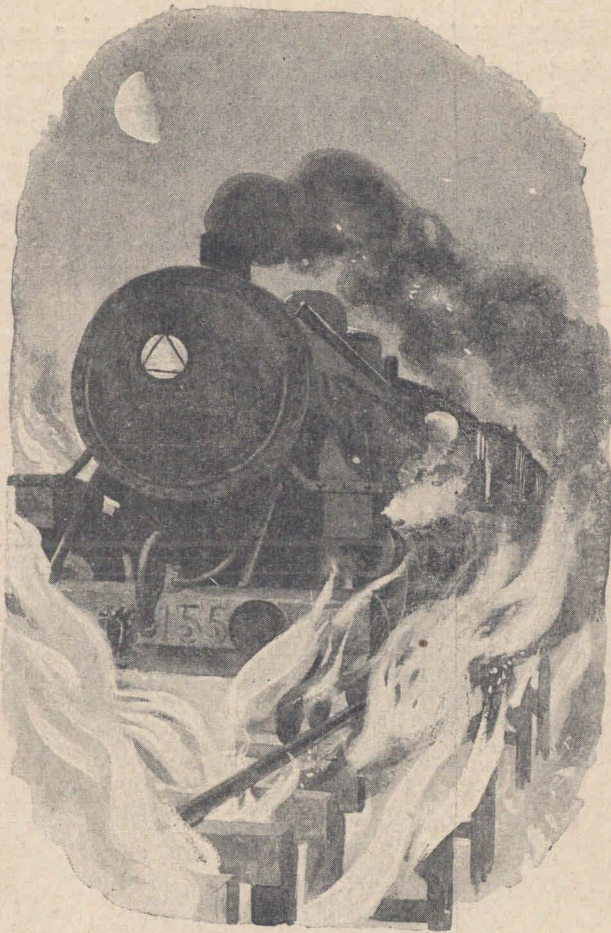
ble de describir. Tenía la lengua trabada, no podía pronunciar una palabra, pero Guillermo, que había puesto otra vez el tren á toda marcha, colocó su oído junto á la boca del niño medio desmayado, y consiguió oír estas palabras:

—¡Puente... ardiendo!

La luz de la verdad penetró á raudales en su inteligencia; no necesitó más explicaciones... las dos palabras que acababa de oír bastaron para revelar lo que ocurría. A pocos centenares de metros más allá de su casa el tren tenía que cruzar un anchuroso río, cuyas márgenes unía un puente de madera. En toda ocasión resultaba peligroso el paso, pues la vía estaba aislada y sin protección y el puente se elevaba cincuenta ó más pies sobre el lecho del río. La gavilla de bandidos que merodeaba por aquellos contornos había incendiado el puen-



...así a la criatura; y sin gran esfuerzo lo subió a la máquina. (Pág. 2.)



Avanzó el expreso con una velocidad fantástica...

te para precipitar el tren al abismo y cosechar un rico botín sin riesgo alguno.

Tan escasa era la distancia á que estaba ya el puente, que Guillermo comprendió que le sería de todo punto imposible detener al tren antes de llegar á él. Sólo quedaba un recurso; recurso peligroso, recurso heroico, pero único, dadas las circunstancias. Cruzar el puente á todo vapor, confiando á la velocidad la misión de transportar á la parte opuesta el convoy. Ya distinguía el mar de fuego que parecía obstruir el paso; ya llegaba claro y distinto á sus oídos el horrible crepitar de las llamas; Guillermo pidió á Dios que los malhechores no hu-

bieran avanzado en su obra destructora hasta el punto de debilitar demasiado los soportes del puente, en cuyo caso, el peso del tren precipitaría su propia ruina. Avanzó el expreso con una velocidad fantástica, salvó el desmonte de donde arrancaba el puente, se sumergió en el pavoroso mar de llamas, saltando, cual terrible monstruo herido, sobre los rieles... Las violentas sacudidas de los coches, alarmaron á los viajeros, que corrieron á las ventanillas viendo que cruzaban sobre un río, no de agua, sino de fuego. El corazón de Guillermo amenazaba salirse del pecho; á poca distancia descubrió á la cuadrilla de desalmados, que con miradas siniestras esperaban que cayera en sus manos la codiciada presa... pero, por esa vez, sus esperanzas quedaron defraudadas, pues Guillermo, fija la mano en la manivela, acababa de salvar el paso peligroso. Las llamas habían chamuscado las ventanillas, algunas de las cuales estaban á punto de arder, pero el

peligro había desaparecido. Un segundo después de haber pasado el tren á la otra parte, oyeron los aterrorizados pasajeros un estruendo formidable; era el puente, que acababa de derrumbarse, llevando nuevos combustibles á la hoguera cuyas llamas llegaban hasta las nubes.

Tan pronto como llegó á la primera estación, el aturdido José pudo referir á su padre todo lo ocurrido.

Parece que él y su mamá, intranquilos sin saber por qué, permanecieron hasta muy tarde sentados delante de la puerta de su casa. Cuando se levantaban para retirarse á dormir, vieron incendiado el horizonte del lado del puente, y la mamá echó á andar por la vía para averiguar la causa de esa iluminación inexplicable. Vió á los forajidos haciendo sus últimos preparativos, y logró llegar á tiempo de enviar á José con un farol al encuentro del tren, esperando que conseguiría detenerlo antes de llegar al puente.

Como se ha visto, no consiguió este propósito, pero su fracaso fué un fracaso espléndido, que valió á Guillermo y á su hijo entusiasmados elogios y generosas recompensas de parte de los pasajeros y de la empresa.

## LA NUEVA INSTITUTRIZ

—¡Es un nombre absurdo!—gritaba Luisita.—¡Una persona que se llama Gumersinda, por fuerza tiene que ser horrible!

—No sé qué tiene que ver el nombre con la hermosura—contestó Alfredo.—¿Acaso ha elegido el suyo ella misma?

—¡Lo habrá elegido ó no, pero tengo la seguridad de que es horrible!—insistió Luisita.—Por mi parte, prometo no hacer nada de lo que me diga. Me voy, porque estás tan insoportable con tus contradicciones que acabarías por volverme loca.

Y salió de la habitación, con aires de reina ofendida, dejando solo á Alfredo, que siguió estudiando su lección.

Es el caso que estaban esperando de un momento á otro la llegada de la nueva institutriz, la señorita Gumersinda, y como puede colegirse de la conversación que hemos oído, Luisita no veía con buenos ojos el nuevo orden de cosas. En cuanto á Alfredo, estaba resignado, con doble razón si se tiene en cuenta lo poco que tendría que molestarlo la nueva institutriz, pues toda su misión se reduciría á enseñarle música y un poco de francés, mientras que á su hermanita tendría que prepararla en todas las materias que una niña de su edad debe aprender.



—Mamá no tendrá más remedio que despedirla—pensaba Luisita,—pues he de hacer todo lo contrario de lo que ella me mande. No quiero saber nada con una institutriz que por fuerza tiene que ser horrible.

No fué así, sin embargo. En primer lugar, con no poca admiración de Luisita, resultó que Gumersinda no era vieja, ni horrible, ni de carácter áspero, sino joven, bonita y cariñosa; es decir, precisamente todo lo contrario de lo que había supuesto. Pronto se convenció de que la señorita Gumersinda introducía en sus costumbres una transformación radical. Antes dejaba la cama á la hora que se le antojaba; y entonces tenía que levantarse muy temprano; la institutriz anterior le consentía ir á jugar toda vez que sentía ganas de estirar las piernas, mientras la señorita Gumersinda la obligaba á permanecer en la clase todo el tiempo reglamentario, y hasta media horita más que de ordinario cuando ella se empeñaba en salir al jardín. Otra de las cosas que la sacaban de quicio era ver que Alfredo no compartía su opinión, ni mucho menos, pues llegaba hasta el punto de decir que la nueva institutriz era excelente persona. Sobre todo, cuando Alfredo vió que Gumersinda lo vencía con suma facilidad al *lawn tennis*, y que jugaba admirablemente al *golf*, se hizo su esclavo más incondicional, y hasta llegó á dejarle ver su colección de insectos, condescendencia que rara vez tenía con su hermana.

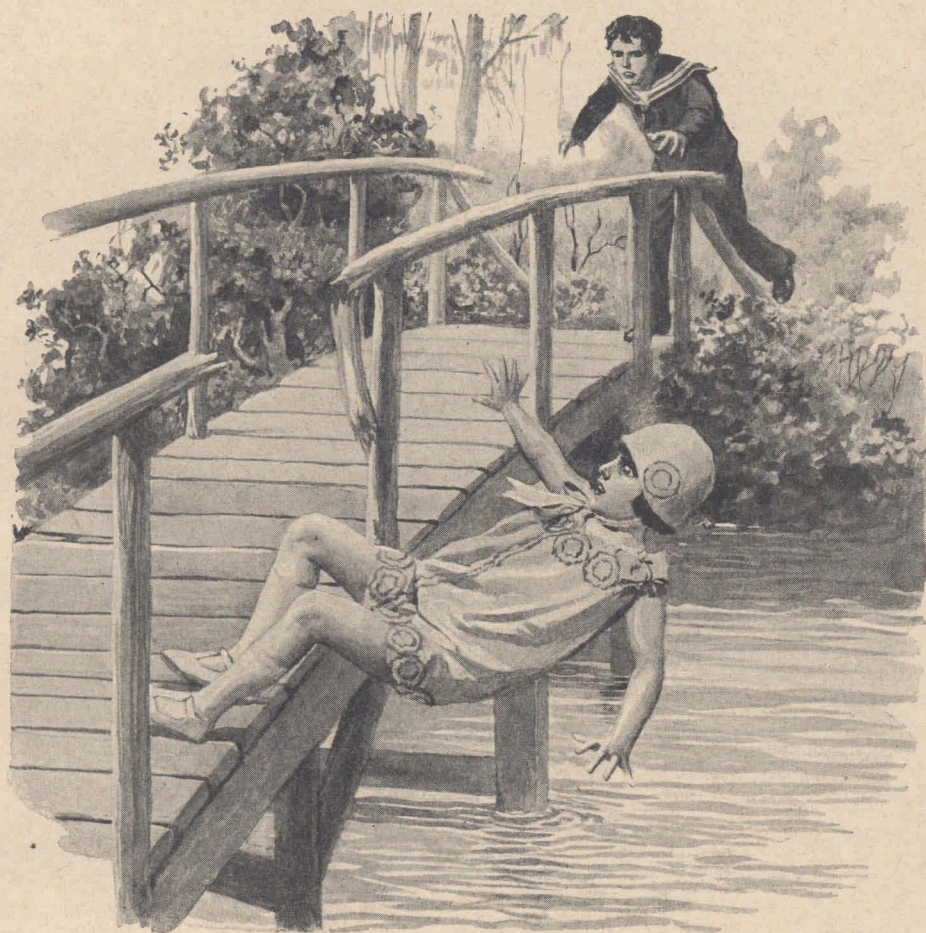
Luisita se colocó, pues, en una actitud de rebeldía tal que no perdonaba medio de contrariar las instrucciones de su institutriz. No se tomaba la molestia de estudiar las lecciones, perdía los libros, apenas cruzaba con nadie la palabra, siempre andaba malhumorada y disciplinante, se enfadaba con los que se atrevían á hacerle alguna observación y se portaba en todo como una niña atolondrada y díscola.

En diez días no se había modificado nada este estado de cosas, y la señorita Gumersinda principiaba á temer que todos sus esfuerzos por ganarse el corazón de Luisita se estrellarían ante la terquedad de ésta. El tiempo se había metido en lluvia y contribuía á hacer más tirante la situación, pues los niños no podían salir á jugar al aire libre y se mostraban, como es natural, más enfurruñados que nunca. Mejoró al fin el tiempo, pues no hay mal que cien años dure, y una mañana la señorita Gumersinda anunció que creía que los niños podrían salir aquella tarde, pero procurando no aproximarse al río.

—Debido á las lluvias de estos días—añadió,—el río está tan crecido que creo que alguno de los puentes no ofrece seguridad.

—¡Bah!—contestó Luisita en tono brusco.—¡Si habremos visto ríos peores! ¡Los puentes están bien seguros!

—¡Quizá sí!—replicó la señorita Gumersinda en tono tranquilo.  
—Pero, de todos modos, no irán ustedes cerca del río.



...y el ruido que hacía el cuerpo de Luisita al caer en las aguas del río. (Pág. 8.)

—¿Que no iremos cerca del río? — repuso con impertinencia Luisita.

—¡No! — contestó la institutriz en tono firme. — Y, si van, conste que será contraviniendo mis órdenes.

—¡Está bien! — dijo Luisita.

Después de la merienda, dispusieronse todos á salir de paseo. Hallábase la Gumersinda en su habitación, poniéndose el sombrero, cuando un grito que llegó á sus oídos la llevó á la ventana, y vió á Luisita corriendo á todo correr por el prado, perseguida por Alfredo. Sin pensar ya en otra cosa descendió rápidamente las escaleras, y salió en pos de los niños, que, rectos como una flecha, se encaminaban al río.

Corría delante Luisita, sin hacer caso de las voces de su hermano, que trataba de disuadirla. La niña había resuelto hacer lo que pudiera para molestar más á la institutriz, y con tal objeto se dirigía al



...y se tendió boca abajo sobre una rama que casi besaba las aguas. (Pág. 9.)

puede más viejo y carcomido de todos, para demostrar á la señorita el poco caso que hacía de sus órdenes. Corría con todas sus fuerzas, y aunque Alfredo estrechaba cada vez más la distancia, llegó antes que él al puente, se plantó en su centro con aires de triunfadora, y gritó:

—¿Quién dice que no está seguro? ¿Quién dice que ofrece peligro?

Pronunciadas estas palabras, como estuviera fatigada y sin aliento por efecto de la carrera, se apoyó contra la baranda. Oyóse un crujido formidable, un chillido de angustia, un grito de espanto de Alfredo y el ruido que hacía el cuerpo de Luisita al caer en las aguas del río.

La señorita Gumersinda llegó al lugar de la escena justamente á

tiempo de ver que Alfredo se echaba al agua para socorrer á su hermanita, á quien arrastraba ya la corriente.

Con tal violencia corrían las aguas, aumentadas considerablemente por las lluvias pertinaces de aquellos días, que la institutriz comprendió desde el primer momento que no podría hacer nada desde el lugar en que se encontraba. Partió, pues, á la carrera por la margen del río en demanda de un corpulento sauce que extendía sus ramas sobre la corriente y, una vez que llegó á éste, trepó por su tronco, sin un momento de vacilación, y se tendió boca abajo sobre una rama que casi besaba las aguas. En aquel instante pasaba Luisita arrastrada por las arremolinadas olas, y pudo asirla del vestido.

Poco habría podido auxiliar Alfredo á su hermanita, porque, á pesar de ser excelente nadador, sus esfuerzos se estrellaban contra la impetuosidad de la corriente. Una vez que vió fuera de peligro á Luisita, nadó en dirección al sauce, y llegó á tiempo de ayudar á la señorita Gumersinda en su obra de acabar de sacar del agua á su hermana.

El susto tremendo había dejado á ésta en la imposibilidad de moverse, y entre la institutriz y Alfredo tuvieron que transportarla á su casa. Afortunadamente, todas las consecuencias de la imprudencia quedaron reducidas al remojón; pero, como no hay mal que por bien no venga, Luisita varió radicalmente el modo de ser desde el día siguiente. Con mucho acierto se abstuvo su institutriz de hacerle observaciones ni reprensiones por su conducta pasada, y en breve vió desaparecidas todas las dificultades que á sus enseñanzas había opuesto hasta entonces la niña; y, en vez de un esclavo, tuvo en lo sucesivo dos, que rivalizaron entre sí en sus deseos de obedecerla y servirla.

## ATACADO POR UN AGUILA

Adolfo y Federico eran dos niños austríacos que vivían en las montañas del Tirol. Trece años tenía el primero y ocho el segundo, y se consideraban los seres más felices de la creación, pues si bien es cierto que no les sobraba la comida y que más de una vez tenían que irse á dormir sin cenar, en cambio se pasaban en el campo toda la estación de verano cuidando las vacas y las cabras, y Adolfo hasta había acompañado en una ocasión á su padre en la caza de gamuzas.

Eran los comienzos de la primavera. Todavía continuaban vestidas de nieve las sombrías hondonadas y los picachos más altos de las montañas. El invierno había sido crudo, pero ya comenzaba á sentirse la fuerza de los rayos del sol y á respirarse una brisa templada, agra-

dable. No se haría esperar mucho la época del año en que había que llevar los rebaños á buscar en las alturas los pastos que no crecían en los llanos. Adolfo y Federico estaban tendidos sobre la yerba, sintiendo en sus rostros las caricias del sol y forjando planes para el porvenir. Federico aseguraba que cuenta ya con edad bastante para acompañar á su padre en la caza de gamuzas... Pues qué, ¿no cazó hace poco una marmota, sin auxilio de nadie?

Adolfo contestaba riendo á carcajadas que las gamuzas son más grandes que las marmotas y no se dejan atrapar en cepos ni lazos, que es preciso buscarlas por los picachos y andar mucho.

—¡Mira!—dijo de improviso Federico, interrumpiendo á su hermano.—¡Un águila! ¡Qué hermosa!

Efectivamente: muy lejos en el cielo se veía como un punto negro que se movía describiendo círculos extensos en torno de los picos más elevados. Poco á poco aumentaba el tamaño del punto negro: ya se distinguían perfectamente sus alas; se aproximaba cada vez más, y al fin se cernió en el aire arriba precisamente de los dos niños.

Estos no apartaban sus miradas del ave. Poco después, Adolfo lanzó una exclamación. El águila descendió con rapidez vertiginosa, y antes que los asombrados niños pudieran darse cuenta exacta de sus intenciones, cuando apenas habían tenido tiempo para admirar lo enorme de su tamaño, cayó el águila sobre ellos, y, asiendo entre sus poderosas garras á Federico, alzó otra vez el vuelo.

El temor y el asombro dejaron á Adolfo inmóvil el tiempo suficiente para que el águila se apartase tres ó cuatro pies del suelo, pero al fin, sobreponiéndose á su espanto, atacó con su garrote al ave, y á fuerza de golpes consiguió hacerle abandonar su presa.

El águila se defendía con furia azotando con sus poderosas alas la cara de Adolfo, pero éste no cejaba y seguía descargando golpes, y el ave, debilitada y maltrecha, se decidió al fin á alejarse.

La emocionante aventura había tenido un testigo no visto por ninguno de los que habían tomado parte en ella. Principiaba el águila su viaje de regreso á las nubes cuando sonó un tiro que la tendió sin vida sobre la hierba. El padre de los niños, pues era él el tirador, se precipitó al encuentro de sus hijos para averiguar si habían sido heridos y también para felicitar á Adolfo por el valor con que había arrojado la terrible lucha. Once pies medían las alas extendidas del águila. Ni Adolfo ni Federico olvidaron nunca su pavoresa aventura.

## AVENTURA DE LA CASA VACÍA

—Voto por que vayamos á verla—dijo Fernando.

—Sí... ¿y cuándo?—contestó Rafael.

—El miércoles por la tarde—repuso Fernando.

—¿Lo diremos á los demás?—preguntó Rafael titubeando.

—¡Ni por pienso!—agregó Fernando.—Son todos una pandilla de mandrias, que no sabrían hablar de otra cosa que de desobediencia á nuestros superiores y majaderías por el estilo, estropeándonos el asunto. Lo que encontremos allá será para los dos solos; no lo olvidés.

Separáronse los dos muchachos, encaminándose á sus clases respectivas. Ambos eran internos de un colegio situado junto á unos marjales extensísimos, y ambos estaban muy intrigados por lo que podía contener una casa situada á la orilla misma de los marjales, casa deshabitada desde hacía mucho tiempo. Según rumores que habían llegado á oídos de Fernando, existía en la casa un gran tesoro oculto, y ése era el motivo que lo había movido á poner en antecedentes del asunto á su amigo Rafael, proponiéndole al propio tiempo que fueran los dos solos á la casa vacía á apoderarse del misterioso tesoro.

Llegado el día fijado, anunciaron á los cuatro vientos su intención de salir aquella tarde á paseo. Este anuncio no pudo menos de llamar la atención, pues ninguno de los dos era amigo de salir, y por añadidura, hacía un tiempo poco tranquilizador. Los dos instructores principales, Antonio y Santiago, no pudieron menos de mirarse sorprendidos.

—¿Qué proyecto tendrán?—se dijo Antonio.

Llegada la tarde, Fernando y Rafael dirigieron sus pasos hacia la casa vacía. El destino que podrían dar al tesoro motivó no pocas discusiones durante el camino. También fué objeto de serias reflexiones conjeturar la clase é importancia del tesoro. Fernando opinaba que debía estar en moneda acuñada, mientras Rafael creía que lo encontrarían en barras de oro y de plata. Sólo en un punto coincidieron sus opiniones, y fué en que, si su excesivo peso les impedía llevarlo consigo, volverían por él con un carro en la primera ocasión propicia.

La tarde se presentaba realmente amenazadora, como hemos dicho. El cielo aparecía encapotado, principiaba á caer una llovizna fina, y además, arrastrándose por las estribaciones de la sierra inmediata, veíanse abundantes nubes. Cuando llegaron á la casa abando-

nada, la lluvia había arreciado, y á lo lejos se oía el sordo retumbo del trueno.

Fea, sucia y destartalada era la casa. Muchas de sus ventanas estaban abiertas, rotos la mayor parte de los cristales, el jardín cubierto de maleza que llegaba hasta los escalones en que se asentaba la puerta de entrada. Fernando reconoció una de las ventanas posteriores de la casa, y advirtió que era muy sencillo descender el pasador y penetrar por ella. Sin pensarlo dos veces se encaramó sobre el alféizar y saltó al interior, seguido de cerca por Rafael.

Si la casa guadaba realmente ricos tesoros, hay que confesar que no lo parecía. El eco repetía de una manera alarmante el ruido de los pasos en esas habitaciones desnudas, que respiraban tristeza y olían á moho, y los niños no se atrevían á hablar por miedo al tono lúgubre que daban á su voz las estancias abandonadas. Fuera, la lluvia había-se convertido en diluvio, y la tormenta se había desencadenado con furia. Nerviosos hasta la exageración eran los dos, tanto Fernando como Rafael, pero el primero, sobreponiéndose al miedo que lo dominaba, dijo, saliendo de la habitación y cruzando un estrecho y tenebroso pasillo:

—¡Vamos! ¡Tomemos escalera arriba!

Rafael, de buena gana, habría abandonado la aventura, pero, temiendo quedarse solo, siguió á Fernando.

La escalera, al sentir sobre sus peldaños las pisadas de los audaces exploradores, gemía lúgubrementemente, con no poco pavor de éstos, que no tardaron en verse en otras habitaciones tan desnudas y solitarias como las de la planta baja. De pronto se quedaron como clavados en el suelo; acababan de oír un rumor de pasos, de alguien que parecía alejarse. Fernando se puso densamente pálido, pero al cabo de pocos momentos exhaló un suspiro de satisfacción.

—¡Ratones!—murmuró en voz tan queda que parecía un susurro.

—¡Basta, basta, Fernando!—balbuceó Rafael.—¿Hasta dónde vamos á ir? Por mi parte, no doy un paso más.

—Vamos hasta el desván ¡estúpido!—contestó Fernando procurando poner en sus palabras un tono de decisión que estaban muy lejos de tener.—Hasta el desván, donde con toda seguridad lo encontraremos.

La escalera que conducía al desván no recibía más luz que la que le enviaba una claraboya colocada arriba, y como el cielo aparecía completamente cubierto de negros nubarrones, huelga decir que la claridad que en aquellos momentos recibía era insignificante. Los niños comenzaron á subir pausadamente aquella escalera, que gemía más lúgubrementemente aún que la otra. Tropezó Rafael con un pedazo de



—¿Oyes?—balbució Rafael.—¿Qué es eso?

revoque desprendido de la pared, que bajó saltando de peldaño en peldaño hasta la planta baja.

—¡Cuidado!—gritó Fernando, furioso y á punto de rendirse al miedo.

—¿Oyes?—balbució Rafael.—¿Qué es eso?

—¿Qué cosa?—preguntó Fernando.

—¡Ese ruido! ¡El de antes, que vuelve á repetirse! ¡Yo me voy!

Efectivamente, se oía un rumor muy extraño, que parecía salir de la habitación de la derecha. Los niños se quedaron sin alientos, aguzando el oído, sin atreverse á dar un paso. Al fin Fernando, apelando otra vez á todo su valor, avanzó hacia la puerta y colocó la mano sobre el pestillo. Dió media vuelta á éste y empujó la puerta. En aquel momento cegó á los niños la cárdena luz de un relámpago, oyóse un true-





—Y bien, amiguitos, ¿les ha resultado agradable el paseo? (Pág. 15.)

no tremendo que hizo retemblar la casa, y cruzó, rozando los atónitos ojos de nuestros héroes un bulto negro, fantástico, sobrenatural.

En aquel punto terminó la aventura. Rafael dió media vuelta y se lanzó escaleras abajo como si tras él corrieran tropeles de fieras enfurecidas, y Fernando salió también como alma que lleva el diablo. En menos tiempo del que se tarda en decirlo se encontraron los dos en la primera de las habitaciones bajas que habían visitado. Temblando como las hojas de un árbol, blancos como espectros, se quedaron mirándose mutuamente; pero no paró ahí todo, pues antes que tuvieran

tiempo de recobrase, por poco se desmayaron de terror al oír una voz que desde fuera de la ventana les decía:

—Y bien, amiguitos, ¿les ha resultado agradable el paseo?

El que acababa de pronunciar estas palabras era Antonio, el instructor, que aparecía de pie, junto á la ventana, chorreando agua y con cara de pocos amigos. A su lado estaba Santiago, provisto de un paraguas.

—Bien suponía yo que les íbamos á encontrar aquí—dijo Santiago sonriendo con sorna.—¿Han descubierto algo bueno?

Fernando y Rafael estaban confusos y humillados. Saltaron nuevamente por la ventana, y regresaron al colegio, acompañados de los instructores. Poco á poco lograron éstos hacerles referir toda la historia del suceso; pero, cuando hablaron del misterioso bulto negro que cruzó á la luz del relámpago rozándoles los ojos, Antonio prorrumpió en sonoras carcajadas que descorazonaron á los narradores.

—¡Si era una lechuza, tontos!—dijo.—En cuanto á tesoros, no hay en la casa más tesoros que huevos de lechuza; eso es lo único que en ella puede encontrarse.

Los buscadores de tesoros pasaron un mal rato cuando el director los llamó y los obligó á explicar dónde habían pasado aquella tarde. Al día siguiente, ni un solo de los colegiales ignoraba la historia de la aventura con todos sus pelos y señales, y en lo sucesivo, fué cosa sabida que, para poner hechos un par de basiliscos á Fernando y á Rafael, no había más que hacer que mencionar la casa abandonada.

## ALGUNAS HISTORIAS DE LEONES

Afirma un cazador muy arrojado, que tiene motivos sobrados para saberlo, que de todos los seres con quienes ha estado en contacto, ninguno es tan peligroso como el león. Muchas son las historias que en los libros se consignan acerca de luchas y encuentros con tan formidable fiera, pero creemos poder añadir á esa lista tan larga algunos episodios poco conocidos.

En una ocasión, un cazador se vió puesto en terrible aprieto por dos leones. Caminaba por una senda estrecha buscando piezas en que satisfacer sus aficiones cinegéticas, cuando vió que frente á él asomaba un león la cabeza por la cima de un altozano. Lleno de alegría el cazador, se afianzó en la silla del caballo, apuntó cuidadosamente, con ánimo de encajar una bala al león en medio de la frente, y antes que lo hubiera conseguido, otro león que él no había visto, lo arrancó de

un zarpazo de la montura y lo lanzó rodando como una pelota por la cuesta abajo.

Antes que se diera cuenta cabal de lo que acababa de sucederle, el cazador se encontró de espaldas sobre la nieve, en el fondo del valle, á los pies del león que, colocada una garra sobre su pecho, rugiendo espantosamente y dando furiosos latigazos con la cola, lo contemplaba con ojos sanguinolentos. Afortunadamente, no tardaron en trocarse los papeles.

El cazador se dejó estar quieto por espacio de unos minutos. Mientras tanto, alzó el león la cabeza y lanzó un rugido



...y lo lanzó rodando como una pelota...

que debía ser un llamamiento dirigido á su compañero. Hubiera sido una necedad imperdonable pretender escapar entonces, y el cazador no lo intentó siquiera; pero, poniendo en juego toda su astucia, que no era poca, se llevó á la espalda una mano, y principió á buscar á tientas su fusil, que en la caída había arrastrado consigo. Después de algunos momentos, que le parecieron siglos, tropezaron sus dedos con algo duro... ¡Era la culata de su fusil! Con tanta lentitud como cautela lo fué atrayendo, sin dejar de clavar sus ojos en los del león, hasta que consiguió colocar el cañón del arma frente á la fiera. Un segundo después rodaba el león á los pies del cazador, atravesado el corazón de un balazo. En aquel momento, la otra fiera se lanzaba rugiendo sobre el cazador, pe-



El león tiraba del lazo con todas sus fuerzas... (Pág. 18.)

ro, antes que pudiera llegar á él, recibía un balazo en la cabeza y caía sin vida á poca distancia de su compañero.

Mucho más impresionante que ésta fué la aventura ocurrida á un indígena del sur de África. Regresaba de un viaje, esperando llegar á su casa antes que arreciase el calor propio de la estación; y, como le sobrara tiempo, cruzó un lago con objeto de cazar, si le era posible, un antílope. Esperó junto al lago más tiempo del que había pensado, y sintiéndose cansado, se tendió á la sombra del follaje, y no tardó en quedarse profundamente dormido. Poco tiempo había transcurrido cuando lo despertó el calor del sol, y al levantar la cabeza se encontró frente á frente con un león enorme.

El pobre hombre se quedó inmóvil, sin saber qué partido tomar.

Intentó llevar cautelosamente la mano al fusil, que á su lado tenía, pero el león lanzó un rugido que le hizo retirar la mano más que de prisa. Por segunda y tercera vez intentó lo mismo, siempre con idéntico resultado, con la única diferencia de que los rugidos del león eran cada vez más furiosos y amenazadores, hasta que al fin, convencido de la imposibilidad de llevar á feliz término su propósito, abandonó la idea de apoderarse de su arma.

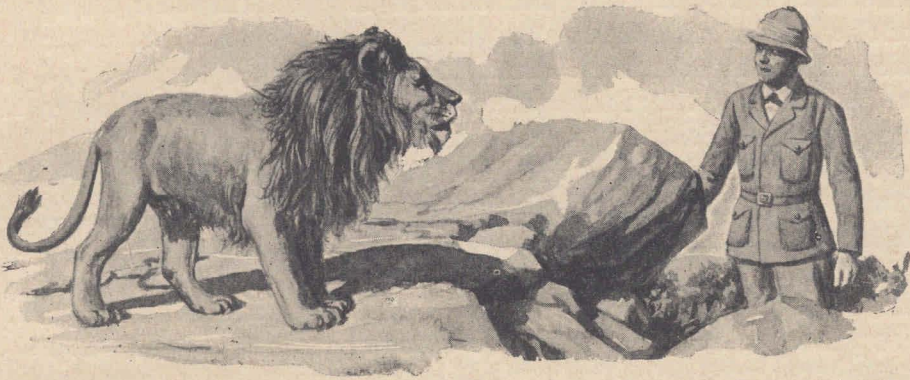
A todo esto, el sol lanzaba despiadado sus rayos sobre la roca que le servía de asiento, y ardía la tierra de tal modo, que el pobre cazador, que, á decir verdad, distaba mucho de parecerlo en aquellos momentos, no podía soportar su contacto y tenía que mover constantemente las manos y los pies para refrescarlos. Entretanto, el león permanecía inmóvil, rígido, con sus irritados ojos clavados en su presa. Pasó el día, llegó la noche, y el león, quieto que quieto. Toda la noche, y todo el día siguiente estuvo el león sin separarse de su desventurada víctima, que sufrió toda la agonía de una muerte lenta. A la segunda noche, la sed le obligó á dirigirse al lago, y, como oyese ruido mientras estaba bebiendo, se internó en la espesura. El desventurado cazador se metió de cabeza en el agua para apagar su sed rabiosa. Expuestos sus pies durante tanto tiempo á un calor tan tremendo, habíanle quedado tan latimados y doloridos que no pudo dar un paso. Medio arrastrándose consiguió llegar á su casa.

Si no mienten las historias que de tiempo en tiempo se publican, ocurren en Occidente aventuras más dramáticas que las que acabamos de referir. Cuéntase que un joven de quince años salió, sin más compañía que la de su perro, en busca de un caballo que había huído del potrero, cuando, con la sorpresa que es de suponer, vió surgir un león de la espesura inmediata y lanzóse sobre el perro... No obstante no disponer el muchacho de armas de fuego, ni por un momento lo asaltó la idea de darse á la fuga.

Para poder apresar al caballo fugitivo se había provisto de un lazo, y sin vacilar un momento lo aprovechó. Práctico en su manejo, lo soltó sobre el león, y, antes que tuviera tiempo de advertir el peligro, se encontraba sólidamente sujeto por el cuello.

Comenzó entonces una lucha desesperada. El león tiraba del lazo con todas sus fuerzas, arrastrando al joven, y al fin éste no tuvo más remedio que soltarlo; pero la cuerda se enredó en el tronco de un árbol, y el furioso animal acabó por ahorcarse á sí mismo. Nueve pies de largo medía ese león.

Se ha escrito mucho á propósito del poder magnético de la mirada del hombre, y si bien es cierto que se ha exagerado su influencia, no puede negarse que algún fundamento tienen las aseveraciones de los que ponderan esa fuerza, sobre todo cuando se trata de sugestio-



...si tuviera la desgracia de tropezar de manos a boca en las selvas con un león...

nar animales domésticos. No creo equivocarme, empero, si aseguro que muy pocos hombres se prestarían gustosos á hacer ese experimento con un león en todo su desarrollo físico y en libertad perfecta. Esto no obstante, diremos que un domador de leones muy célebre ha declarado lisa y terminantemente que, si tuviera la desgracia de tropezar de manos á boca en las selvas con un león, por nada del mundo haría una cosa... huir. Según él, esa sería la mayor de las torpezas; pero fuerza es convenir que no todos somos domadores de fieras.

## LO QUE HIZO RICARDO

—Se metió entre las patas del caballo y levantó á la niña, que iba á morir aplastada sin remedio—dijo Ricardo, sin poder casi respirar, tan intensa era su emoción.—Yo mismo lo vi. Todos los que estaban presentes aplaudieron entusiasmados, pero el muchacho, sin detenerse más que lo indispensable para poner á la niña en brazos de su mamá, desapareció sin esperar á que le dieran las gracias, diciendo que temía perder el tren. El que hace lo que él hizo no puede tener miedo á nada, ¿no es cierto, papá?

—No sé, hijo mío—contestó sonriendo el señor Denet.—Dicen, sin embargo, que á veces los hombres más valientes se asustan de cosas insignificantes; he conocido más de un bravo que no se habría atrevido por nada del mundo á ponerse en manos de un dentista.

Estas palabras llenaron de asombro á Ricardo. Tan compleja era la cuestión que, no logrando solventarla satisfactoriamente en su casa, salió al campo en busca de inspiración. El suceso que había presenciado en la calle lo había excitado extraordinariamente; deseaba

saber si tendría él la presencia de ánimo de que había dado pruebas el muchacho que salvó á la niña, y echó á andar, absorto en sus pensamientos, sin darse cuenta de la dirección que seguía. De pronto, al alzar la cabeza, se encontró frente á un cartelón en el cual se leía en letras grandes: «Cuidado con los toros».

Ahora bien: si en el mundo había algo que llenase de terror á Ricardo, eran precisamente los toros. Hay que decir, sin embargo, que su terror no tenía razón de ser, puesto que jamás había sufrido el daño más insignificante de parte de esos animales; pero, con razón ó sin ella, lo cierto es que los temía como al diablo, y que antes que decidirse á pasar por su lado habría sido capaz de andar sobre ascuas. Leyó una y otra vez el cartelón, y se dió cuenta de que, sin fijarse en ello, había dirigido sus pasos hacia el campo del señor Guriol.

Continuaba contemplando el fatídico cartelón cuando sintió á sus espaldas las pisadas de un toro desmandado; giró sobre sus talones, y con un pavor que no es para descripto, vió que el toro lo había descubierto y venía hacia él.

Armado de su bastón iba Ricardo, pero no entraba en sus propósitos hacer frente al bruto. Presa de un temor que había helado la sangre en sus venas, vió que el único camino que conducía á la puerta de la cerca por donde él había entrado momentos antes, aparecía bloqueado por un grupo de vacas, solo en un grado menos formidables que el toro. Entonces resolvió confiar su salvación á la velocidad de sus piernas, y, al efecto, partió como una flecha en dirección á un árbol que aparecía en un recodo. Desgraciadamente, el árbol estaba lejos, y aunque el miedo parecía poner alas en los pies del fugitivo, el toro corría más rápidamente que él. Antes que pudiera llegar al árbol salvador, Ricardo tropezó y cayó, y, al querer levantarse, el toro lo alzó entre sus cuernos. Ricardo se sintió sujeto por la chaqueta; hizo esfuerzos desesperados y logró verse libre, no sin dejar en la refriega un trozo de la prenda; y antes que el toro se hubiera repuesto de su sorpresa, el muchacho estaba encaramado ya en el árbol.

Cualquiera que le hubiese visto en aquel momento, le habría tomado por todo antes que por héroe. A sus pies estaba el toro, escarbando furioso la tierra, haciendo flamear en sus cuernos el girón arrancado á la chaqueta, y contemplando á su víctima con ojos de codicia. Ricardo se acordó del muchacho que había realizado la hazaña de salvar á la niña, y se preguntó qué haría ese muchacho en las circunstancias en que él se encontraba.

—Por mucho que me duela confesarlo—pensaba Ricardo,—pareceme que él no se habría visto en esta situación porque habría sabido prevenirla... Estoy creyendo que no tengo presencia de ánimo.

Pasaba el tiempo, y Ricardo continuaba prisionero en el árbol. El



...no sin dejar en la refriega un trozo de la prenda. (Pág. 20.)

toro no parecía dispuesto á abandonar á su presa, y cada movimiento de ésta le encolerizaba más y más. Al fin, los gritos de Ricardo atraje-ron á uno de los vaqueros, que se llevó al animal. Nuestro amigo pudo bajar entonces del árbol, con el traje hecho jirones, llena el alma de pena, yerto, aterido y muerto de cansancio. Después de explicar á los peones su aventura, que más bien podría llamarse desventura, emprendió el camino de su casa, triste y cariacontecido. Habíase convencido de que no era de la madera de que se hacen los héroes.

Bordeaba el camino un río, y poco trecho había recorrido Ricardo cuando vió un tropel de gente que corría en desorden de acá para allá,



gritando, y señalando con las manos algún objeto que debían arrastrar las aguas. Apresuré el paso, y al llegar á corta distancia del grupo, oyó que una mujer gritaba con voz desgarradora:

—¡Se ahoga! ¡Sálvenla por Dios! ¡Sálvenla!

Tendió Ricardo sus miradas por el río, y vió que la corriente arrastraba á una niña, á no gran distancia de la orilla. Eran muchos los que gritaban dando instrucciones á la niña que se ahogaba, unos recomendándole que procurase mantenerse á flote, otros que hiciera lo posible por aproximarse á la costa, éstos que moviese las manos, aquéllos que no diera punto de reposo á los pies, pero lo cierto es que nadie hacía lo único que había que hacer en tales circunstancias: echarse al agua.

Ricardo no titubeó un instante. En menos de dos segundos se despojó de una parte de sus ropas y se tiró al río. Nadador admirable, poco trabajo le costó aproximarse á la niña, la cual intentó asirse á Ricardo no bien le vió al alcance de sus manos; pero comprendiendo éste, que, si se dejaba agarrar, perecerían probablemente los dos, se desvió, describió un semicírculo, y asió á la niña náufraga por la espalda. Momentos después, la sacaba sana y salva á la orilla.

La mamá de la niña estaba esperando, enloquecida casi de angustia, y en cuanto vió en sus brazos á su hija, colmó de bendiciones á su salvador.

Ricardo se escapó de aquel lugar tan pronto como pudo abstraerse á las alabanzas de que era objeto, ávido de llevar cuanto antes á sus papás la noticia de lo ocurrido.

## CÓMO LLEVÉ LOS DESPACHOS

Galopé desesperadamente, pues no se me ocultaban los apremios del tiempo. La tarde estaba muy avanzada cuando me hicieron entrega de los despachos que, según instrucciones que los acompañaban, debían encontrarse en su destino á las nueve. Conocía yo la importancia de mi misión, y la necesidad de que los documentos llegasen á su destino á la hora señalada. Un funcionario importantísimo corría gravísimo riesgo. Acababa de descubrirse un complot tramado contra su vida, y ocurrirían graves trastornos si no se lograba desbaratar los planes de los conspiradores. Los despachos de que yo era portador, contenían los detalles de la horrible trama, y como no se me ocultaba lo



Galopé desesperadamente... (Pág. 22).

crítico de la situación, estaba resuelto á poner toda mi voluntad y mis fuerzas en la empresa de salir airoso de mi cometido.

—De usted depende todo, amigo mío—me decía el ministro en la carta que acompañaba á los despachos.—Si nos falta usted, todo se habrá perdido.

Dicho está que elegí mi mejor caballo, un animal cuya nobleza y agilidad me eran bien conocidas, y que más de una vez había recorrido distancias enormes en una sola jornada. Sin contratiempos habíamos hecho gran parte del viaje, pues hasta el caballo parecía darse cuenta de la importancia de la comisión y devoraba distancias sin necesidad de que yo lo animase; pero todavía quedaba por hacer la parte más dura del camino. Mientras nos deslizábamos como fantasmas á la luz incierta del crepúsculo, no cesaba yo de hacer cálculos sobre el tiempo de que podía disponer. Yo no llevaba ni látigo ni espuelas, que dicho sea de paso, no me hacían falta alguna, pues sin ellas corría mi caballo vertiginosamente. Llegados al pie de una abrupta montaña

que tenía que trasponer, emprendí el ascenso de su estribación acortando la marcha, y como el sendero iba haciéndose más escabroso y la luz más incierta, tuve que andar entonces con más calma y precaución.

Hasta á la luz del sol resultaba peligroso el tal camino, estrecho, cruzado por barrancos que lo interrumpían á cada paso formando cortaduras que exigían mucha vista y no menos cautela. La obscuridad de la noche multiplicaba extraordinariamente las dificultades y retardaba la marcha, pues bien sabía yo que un paso en falso equivaldría á una destrucción cierta. Empero, gracias á mis cuidados extremos, realicé con toda felicidad el ascenso. En cuanto coroné la cima, detuve un momento la marcha para dar breve respiro á mi caballo y tendí la vista á mi alrededor. El espectáculo no podía ser más sublime. Flotaban en el cielo los últimos resplandores del día y quebraban la línea del horizonte picachos de lejanas montañas, cuyas faldas aparecían envueltas en densa obscuridad. La montaña en cuya cima me encontraba en aquel momento presentaba por una de sus caras un peñasco cortado á pique, una especie de muro vertical, mientras que por la otra ofrecía un descenso suave é iba á morir en la orilla de un río que pasaba doscientos ó trescientos pies más abajo.



...lanzando un relincho de espanto, se despeñaba á la sima. (Pág. 25.)

Consulté el reloj. Me sobraba tiempo para cumplir mi cometido y salir airoso de mi empeño. Tras breves momentos de descanso, reanudé la marcha. Acabábamos de entrar en un recodo del sendero y me felicitaba ya interiormente por haber dado cima á la parte dificultosa de la jornada, cuando arrancó el vuelo, casi de entre las patas de mi caballo, un cuervo que, dando graznidos, rozó con las alas la cabeza del animal. Lo que ocurrió fué tan instantáneo que apenas si pude darme cuenta de ello. El caballo dió un bote que le llevó al borde mismo del precipicio y luchó allí unos segundos para recobrar el equilibrio; entretanto, tuve bastante presencia de ánimo para desmontar de un salto, en el momento mismo en que el



...cuando encendimos el farol y nos encaminamos á la playa. (Pág. 26.)

desgraciado animal, lanzando un relincho de espanto, se despeñaba á la sima. Claro y distinto llegó á mis oídos el golpe de su cuerpo contra las rainas de los árboles que encontró al paso, y el espantoso choque final, seguido de un ruidoso estrépito de piedras que rodaban.

Yo continuaba tendido en el suelo, en la misma posición en que había caído, con una pierna colgante sobre el abismo, y sin poder moverme. Al fin recobré el uso de mis miembros, y, á costa de no pocos esfuerzos, pude sentarme apoyando mi espalda contra la roca; sacando luego un frasco del bolsillo, tomé un sorbo de licor. Acababa de perder mi caballo y de salvarme milagrosamente, pero mi misión no estaba aún cumplida, y para cumplirla era preciso bajar de la altura en que acababa de ocurrir el desgraciado accidente y salvar una distancia de tres leguas. Como mi situación no iba á arreglarse con la-

mentaciones inútiles, sobre lo sucedido, emprendí el descenso á pie y corriendo como no recuerdo haber corrido nunca. Por fortuna, el sendero era por aquel lado infinitamente mejor que el de la subida, y como, por otra parte, mi vista era buena y lo empinado de la cuesta favorecía la velocidad de la marcha, me encontré en el pie de la montaña en un espacio de tiempo que me pareció un segundo. Hasta entonces todo había andado bien, pero, en cuanto entré en el camino llano, la cosa varió por completo. Durante el descenso, puede decirse que yo no había tenido más que hacer que abandonarme á las leyes de la gravedad, sin necesidad de gastar energías, pero en cuanto hube de emplearlas, observé que la empresa no era nada sencilla. Hoy mismo no puedo explicarme cómo recorrí aquellas tres leguas en tan poco tiempo, pero es lo cierto que al fin hirió mis ojos la luz de la casita que de la playa donde, según instrucciones, debían proporcionarme un farol para hacer las señales necesarias al mensajero que iba á llevar por agua los despachos.

Trabajo me costó despertar al viejo que habitaba la casita, y una eternidad hacerle comprender el servicio que de él necesitaba. Eran ya las nueve, cuando encendimos el farol y nos encaminamos á la playa. Próximos ya á la escarpadura cuya base tenía por asiento el fondo del mar, eché á correr y clavé mis miradas en las tinieblas. No vi allí barco de ninguna especie. Arranqué el farol de las manos del asombrado viejo, y lo moví en el aire haciendo las señales convenidas. Siguieron unos momentos de silencio penoso, de espera anhelante. Al fin un haz de rayos luminosos taladró las tinieblas y estalló en los aires un cohete anunciando que los de á bordo habían visto mis señales. Entonces caí extenuado sobre la arena.

Cuando llegó á tierra el bote encargado de llevar á bordo los despachos de que yo era portador, había recobrado fuerzas suficientes para explicar la urgencia del caso. Mi deber quedaba cumplido así, á pesar de todos los contratiempos.

## AVENTURA CON UN TIBURÓN

—¡Mucho cuidado, muchachos!—dijo el capitán.—No quiero que en mi barco ocurran tonterías. Voy á velar por ustedes durante el viaje y á enseñarles á cumplir con conciencia sus obligaciones. Si quieren ser buenos marinos, fuerza es que aprendan á hacer todo lo que en un barco debe hacerse, ¿estamos? Conque... largo de aquí, y á ponerlo todo en orden.

Santiago, Enrique, Higinio y Roberto descendieron á las profun-



—¡ Mucho cuidado, muchachos!—dijo el capitán. (Pág. 26.)

didades del buque, con menos entusiasmo del que hasta entonces habían demostrado. Todos ellos habían instado por mucho tiempo á sus padres con súplicas y lágrimas, para que les consintieran ser marinos, sin lograr arrancarles el suspirado consentimiento, hasta que al fin, los cuatro habían resuelto huir de la casa paterna, fraguando el plan de esconderse á bordo de un buque que se disponía á zarpar para las Indias Orientales. El complot fué descubierto por la mamá de Roberto, gracias á haberlo explicado éste de pe á pa durante el sueño, y los cuatro niños, en vez de partir para las Indias, recibieron un severo castigo.

Comprendieron los padres que había llegado el momento de hacer algo que pusiera un freno á las ideas descabelladas de los cuatro muchachos, y al efecto se pusieron de acuerdo con un capitán amigo para que éste los tomase á bordo en uno de sus viajes y les hiciera *saborear las delicias* propias de la vida del mar.

La alegría de los cuatro niños no tuvo límites cuando supieron que al fin iban á ver realizadas sus aspiraciones. Santiago publicó á los cuatro vientos que esa victoria era una demostración palmaria de que, para triunfar de un padre obstinado, lo único que hace falta es demostrar una terquedad incommovible. Embarcáronse, pues, los cuatro á bordo del *Arpia*, y fueron presentados al capitán, que les proporcionó la primera decepción. Ni su cara aparecía oculta entre los pelos de una rala barba roja, ni brillaban sus ojos más que los de cualquier otro hombre, ni gritaba nunca «¡A babor! ¡Larga el foque!» ni otras expresiones náuticas por el estilo. El trato que recibieron de él fué exactamente el mismo que acostumbraban recibir los marineros corrientes, sin graduación, por decirlo así. Sin embargo, esto fué del agrado de Enrique, que creyó ver en eso el mejor medio de aprender en poco tiempo el oficio. No lo vió con tan buenos ojos Higinio, el menor y más delicado de los cuatro, pues no le hacía gracia dormir en la litera ridículamente pequeña que se le había asignado, y que no tenía ni la mitad de las comodidades á que estaba acostumbrado.

Para colmo de desdichas, el *Arpia* llevaba un cargamento de carbón y brea que, como es natural, lo ensuciaba todo. En cada una de las escalas iba dejando parte de su carga, lo que proporcionaba á los muchachos una abundante rociada de negro polvo y no menos cantidad de rudo trabajo. Huelga decir que los cuatro pasaron la primera semana horriblemente mareados, y que Roberto é Higinio, que fueron los que con mayor intensidad sufrieron el mareo, desearon mil veces volver á su casa para no salir de tierra por nada del mundo.

Santiago y Enrique sacudieron más pronto el mareo y principiaron á complacerse en la vida del mar. Listos é inteligentes los dos, no tardaron en conocer muchas de las operaciones de á bordo, y en sei

los favoritos de la tripulación. Sin embargo, en el fondo de sus almas estaban algo descontentos de los marineros del *Arpia*, sobre todo de los oficiales, y más particularmente todavía del capitán, hombre estricto y severo, siempre dispuesto á no dejar ni por un instante el rigor de la disciplina y á no dispensarles ni un átomo de las rudas faenas del día. Cuando tocaban en puertos extranjeros, los muchachos creían llegado el momento de distraerse y se forjaban la ilusión de saltar á tierra para estudiar las costumbres de la localidad; pero allí estaba el capitán Sansón dando órdenes de baldeo y limpieza, reglamentando las operaciones de descarga, recibiendo nuevos cargamentos, todos ellos de substancias poco agradables, con lo que los abrumaba tanto que, una vez terminada la tarea, se daban los niños por muy satisfechos si podían ir á echarse en sus literas; y, por regla general, sucedía que, al despertar, se encontraban navegando otra vez en alta mar, sin ver puerto, ni tierra, ni nada que no fuera agua, cielo, y el buque en que estaban.

El descontento de Santiago llegó hasta el extremo de decidirlo á insinuar á Enrique la conveniencia de amotinar á la tripulación del barco contra la oficialidad; pero Enrique contestó que una actitud tan grave podía originarles serios disgustos, con doble motivo si se tenía en cuenta que los marineros parecían estar satisfechos del orden de cosas que tanto los molestaba á ellos.

Estaba reservado á los tiburones llevar esta desazón á su punto culminante. Habían fondeado en Sydney, en cuyas aguas debían permanecer tres ó cuatro días antes de poner proa hacia el puerto de origen. El capitán Sansón había obligado á Santiago y á Enrique á hacer ciertos trabajos rudos, y los dos se sentían enfermos y fatigados, y sobre todo, furiosos contra el capitán, que les había prohibido bañarse en el puerto, diciendo que estaba plagado de tiburones... ¡Pretexto, excusa, ganas de fastidiar! Y, por si esto no era bastante, luego que hubieron terminado los trabajos ordinarios, les había dado orden de limpiar otra vez los puentes. Esta orden les pareció abusiva, y Santiago murmuró entre dientes que los puentes estaban ya demasiado limpios.

La cólera del capitán Sansón se desbordó entonces. Con voz de trueno dijo á los niños cosas que los hicieron estremecer de espanto. Los amenazó con cargarlos de cadenas, con colgarlos de una verga, y terminó su tremenda reprensión dando un paso hacia Santiago, que, temiendo recibir un golpe, retrocedió y cayó al mar de cabeza.

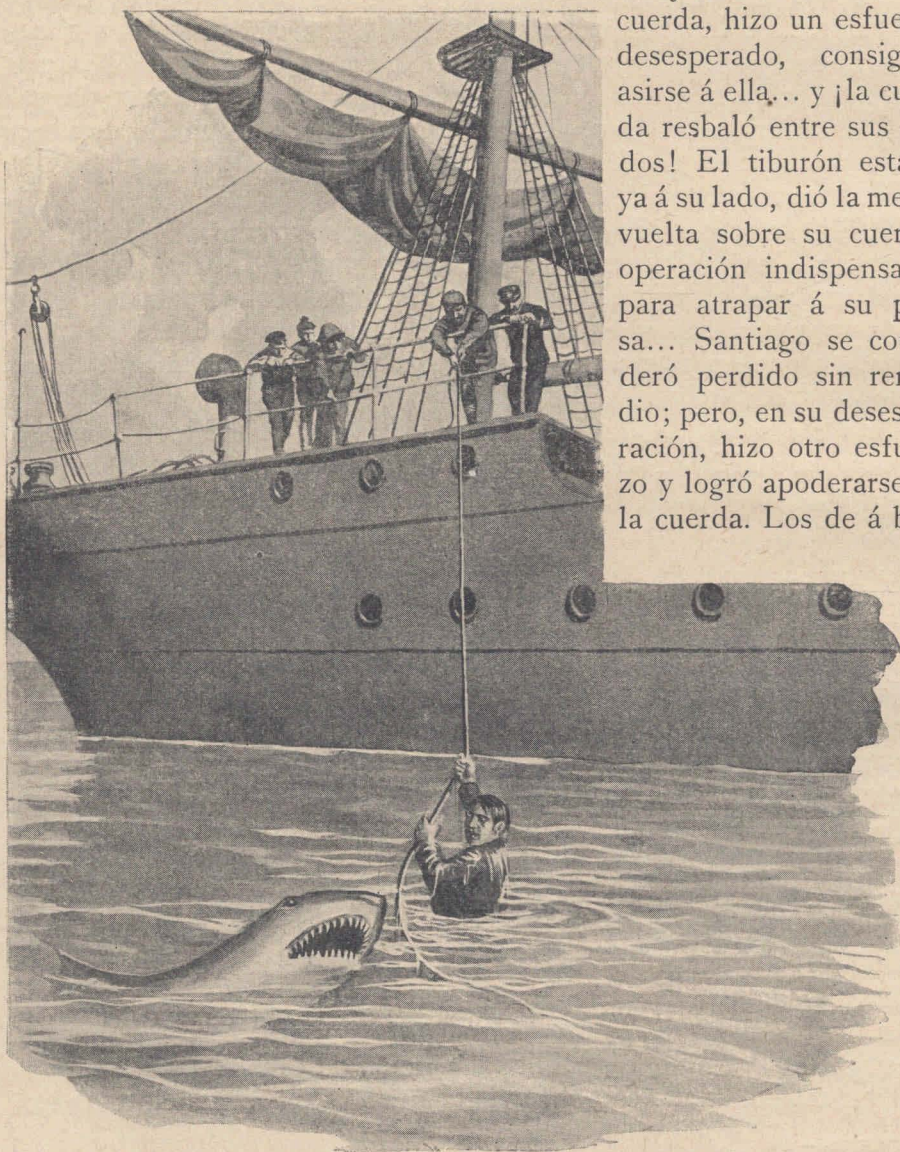
Afortunadamente nadaba como un pez y tardó muy poco en volver á la superficie, disipado ya su susto y burlándose interiormente del capitán al ver que, contra la prohibición de éste, estaba bañándose. Apenas había dado cabida en su mente á este pensamiento tan ha-



lagado para su amor propio, cuando un grito de alarma que partió de á bordo le obligó á volver la cabeza, y vió entonces algo de color negrozco que rápidamente se le venía encima. ¡Era un tiburón!

El terror dejó por un momento sin fuerzas á Santiago; pero, observando que los hombres de á bordo lanzaban al agua cabos de auxilio, nadó como jamás había nadado hasta entonces. El tiburón estrechaba por momentos la distancia, y Santiago comprendió que sus fuerzas se agotaban... llegó á sus oídos un grito de angustia... vió cruzar

junto á su cara una cuerda, hizo un esfuerzo desesperado, consiguió asirse á ella... y ¡la cuerda resbaló entre sus dedos! El tiburón estaba ya á su lado, dió la media vuelta sobre su cuerpo, operación indispensable para atrapar á su presa... Santiago se consideró perdido sin remedio; pero, en su desesperación, hizo otro esfuerzo y logró apoderarse de la cuerda. Los de á bor-



...Santiago oyó el golpe seco que daban al cerrarse, las mandíbulas del monstruo... (Pág. 31.)

do se apresuraron á izarlo; Santiago oyó el golpe seco que daban, al cerrarse, las mandíbulas del monstruo al mismo tiempo que sentía en sus pies el frío contacto de su prolongado hocico; y momentos después caía desmayado en la cubierta del barco.

Los papás de Santiago, Enrique, Higinio y Roberto tuvieron la satisfacción de abrazar á sus hijos al regreso del viaje y de encontrarlos curados radicalmente de sus aficiones á la vida del mar, y se manifestaron profundamente reconocidos al capitán Sansón por la parte decisiva que éste había tenido en la curación, aunque el intrépido marino confesó que la aventura del tiburón había sido un número imprevisto del programa.

Hoy, cualquiera habla á Santiago, Enrique, Higinio y Roberto de hacerse marinos...

### AL FONDO DE LA SIMA

El día estaba espléndido. A medida que los expedicionarios salvaban derrumbaderos y escarpaduras cubiertas de nieve — ejercicio pesado y molesto, pues el guía tenía que cortar á cada paso estorbos con su rompehielos,—iban saboreando el espectáculo de las sublimes maravillas que les ofrecía la escena. Cuatro eran los expedicionarios, y dos los guías. Uno de éstos marchaba á la cabeza, seguía después Andrés Cartus, luego el señor Darblán, detrás de éste Leonardo y Godofredo Larco, y en último término el segundo guía. El guía que abría la marcha, llamado Adolfo, era un personaje por demás interesante. Su provisión de anécdotas y cuentos, que soltaba á toda hora, viniesen ó no á pelo, era inagotable. Refirió infinidad de accidentes que había tenido ocasión de presenciar y en algunos de los cuales había tomado parte activa. No faltaban entre ellos los de fuerte sabor dramático... uno, por ejemplo, acerca de una niña que había aparecido entre la nieve, sonriendo dulcemente junto á los cadáveres de sus papás; y Adolfo narraba esas cosas con calma tan imperturbable, en tono tan filosófico, que todo el mundo, al oírle, sacaba la impresión de que aquel hombre debía ser un verdadero tesoro en momentos difíciles y de peligro.

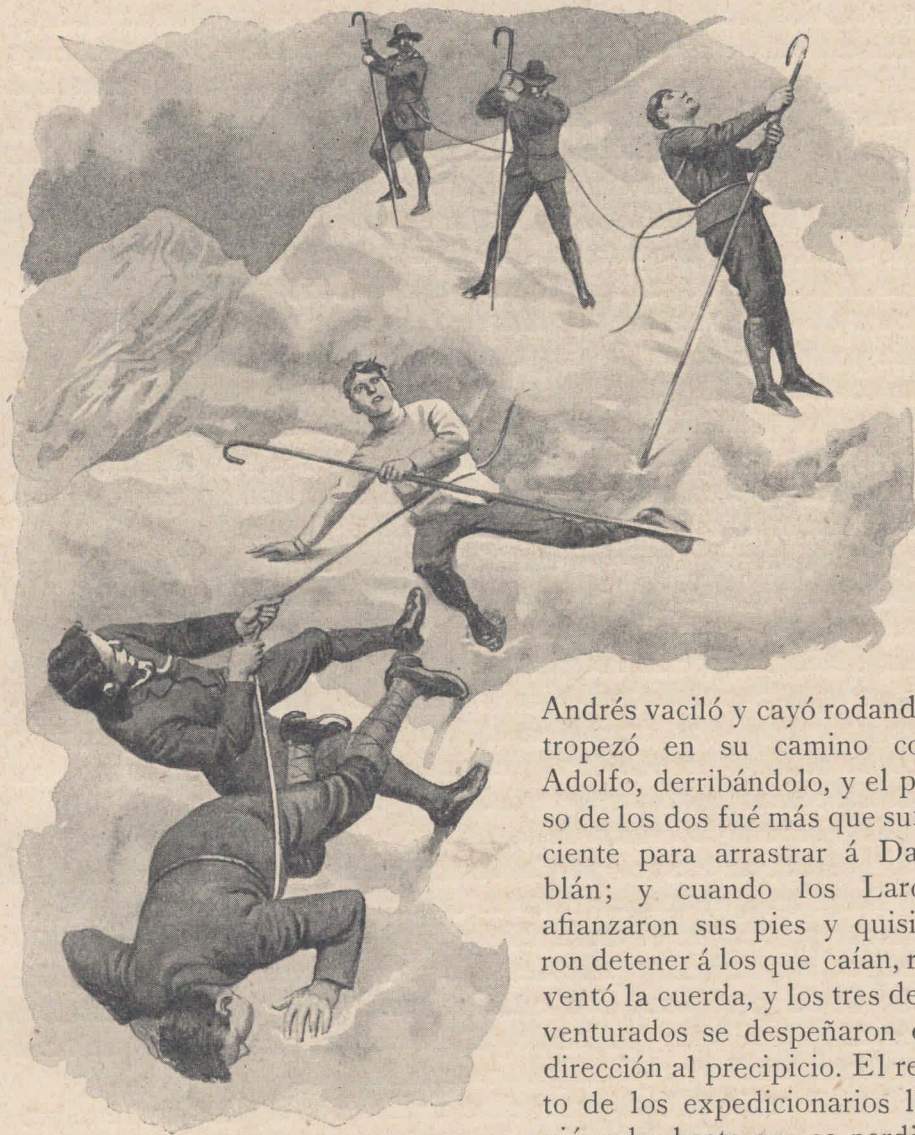
Guías y expedicionarios iban ensartados en una misma cuerda, es decir, ajustándose á los cánones, y avanzaban con mucha lentitud. De pronto empezó á colorearse de púrpura el firmamento, las crestas de las montañas tomaron tintes preciosos, y poco después asomó de lleno el sol, lanzando viva luz sobre aquel encantador panorama. Adolfo quería acelerar la marcha para aprovechar el tiempo antes que el ardor del sol principiase á fundir la nieve; y, accediendo á sus deseos



...sonriendo dulcemente junto á los cadáveres de sus papás... (Pág. 31).

los expedicionarios se calaron los anteojos ahumados para preservar sus ojos de los deslumbrantes reflejos del sol y continuaron su ascensión hacia la cima de la montaña.

Después de descansar un buen rato y de extasiarse ante la magnífica vista que ofrecían los picos asomados entre retazos de nubes, vista que Andrés y los dos Larco no habían tenido ocasión de admirar nunca, dieron principio al descenso, colocándose en el mismo orden en que habían estado al subir. Tal vez creyeron que la parte difícil de la excursión estaba ya hecha, tal vez influyó en su ánimo el aire de las alturas, tal vez les tenía absortos el grandioso panorama... No se sabe, ni se sabrá nunca cuál fué la causa verdadera de ello, pero es lo cierto que, no bien comenzaron á descender por el declive cubierto de nieve,



...y los tres desventurados se despeñaron...

Andrés vaciló y cayó rodando, tropezó en su camino con Adolfo, derribándolo, y el peso de los dos fué más que suficiente para arrastrar á Darblán; y cuando los Larco afianzaron sus pies y quisieron detener á los que caían, reventó la cuerda, y los tres desventurados se despeñaron en dirección al precipicio. El resto de los expedicionarios los vió rodar hasta que se perdieron en el borde mismo del ventisquero, cerrando entonces los ojos para no presenciar su espantosa suerte.

Sin embargo, á pesar de lo tremendo del accidente, ninguno de los tres había recibido lesiones graves. Tuvieron la fortuna de caer por una parte del precipicio córtada á pique, llegando al fondo sin tropezar con guíjarros ni peñascos. Claro está que acabaron su viaje arañados, cortados, magullados y trastornados, sobre todo el señor Darblán, que quedó sin conocimiento. Andrés y Adolfo sacudieron su aturdimiento al cabo de pocos momentos, y pudieron moverse y concertar

entre los dos los medios de salir de allí. Tan encajonados estaban en aquel estrecho canalón de hielo, que casi no podían hacer el menor movimiento. El frío era intenso. Andrés tenía los brazos amarrados al cuerpo y uno de ellos tan paralizado que llegó á temer que se le hubiese quebrado. Como la cuerda en que estaban ensartados los tres continuaba intacta, la distancia entre uno y otro era insignificante. Después de un rato, Adolfo pudo mover el brazo izquierdo, y no sin gran esfuerzo logró sacar del bolsillo su frasco de licor, que ofreció á Andrés. Sus ojos tenían que resignarse á contemplar un trocito diminuto de cielo azul y el ventisquero, también de tono azulado, que tenía por delante. Era inútil pensar en salir de aquellas profundidades, careciendo de utensilios con que abrir en el hielo muescas para afianzar los pies. Todas sus esperanzas se cifraban únicamente en el auxilio de sus compañeros. Como si tanta desgracia no bastara, inspirábaseles no poco cuidado la suerte del señor Darblán, que estaba inmóvil, con los ojos cerrados y sin dar señales de vida.

Andrés se preguntó mentalmente cuánto tiempo se verían obligados á permanecer en el lugar en que se encontraban, y empezó á desconfiar de que el calor pudiera reanimar alguna vez sus ateridos miembros; desfilaron por su imaginación todas las historias terroríficas narradas aquella mañana, vió ejércitos enteros de infortunados que habían encontrado sus tumbas en el fondo del ventisquero y temió no salir de allí sino cuando otra generación de alpinistas encontrase sus huesos decenas de años más tarde.

No obstante lo crítico de la situación, Adolfo conservó todo su valor y hasta se esforzó por infiltrarlo en el ánimo de Andrés. Los dos llamaron, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, pero sus gritos se perdían en el vacío. Al fin llegó hasta ellos una voz, debilitada por la distancia, y poco después vieron asomar una cabeza sobre el borde del precipicio. Era la del segundo guía. Con tanto asombro como alegría vió éste que los despeñados estaban con vida, y no tardó en adoptar medidas rápidas para rescatarlos.

Andrés tenía un brazo roto, el señor Darblán heridas bastante graves, y los tres serias descalabraduras, chichones y rasguños. El tiempo, sin embargo, los curó á todos, y Adolfo ha añadido ahora á su repertorio la aventura de su caída al fondo del ventisquero, hecho que nunca se cansa de referir.

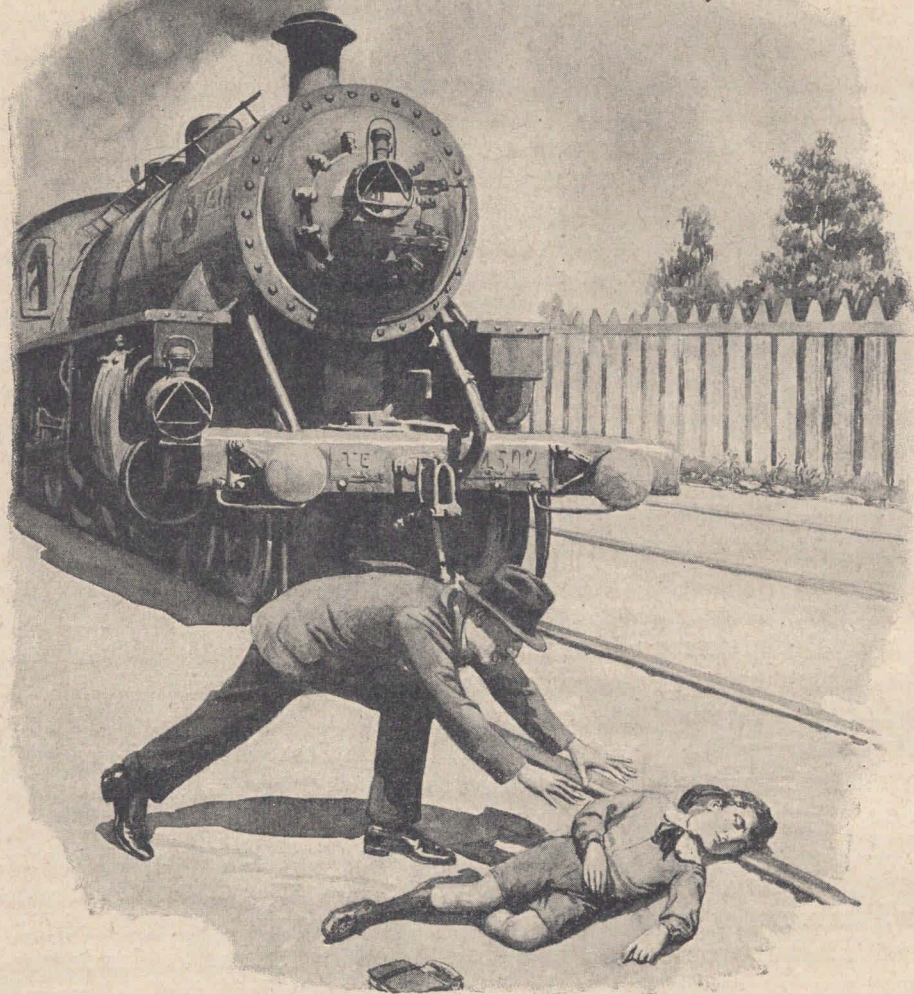
## LAS DOS ESCAPADAS DE JULIO

Hablando con franqueza, diré que la segunda escapada fué una consecuencia de la primera, pues Julio, si no hubiera caído en medio de la vía férrea lastimándose bastante, no habría tenido necesidad de trasladarse á la playa para recobrar la salud, y, por tanto, no le habría ocurrido la segunda aventura.

Pero ahora caigo en la cuenta de que será mejor empezar por el principio, y el principio, en el presente caso, es una lección de historia.

Pocos días antes, el profesor había explicado en la clase un episodio delicioso acerca de los romanos y los samnitas; parece que los samnitas, parapetados en lo alto de una montaña, habían descargado sobre los soldados romanos enormes peñascos, que los obligaron á emprender la fuga, bien que en definitiva los romanos salieron victoriosos, por no perder la costumbre. Julio, después de dar mil vueltas al asunto, imaginó que tal vez era él, sin saberlo, un samnita excelente, y quiso cerciorarse de ello. Al salir los niños de la escuela para ir á sus casas tenían que seguir un camino que pasaba arriba de un profundo desmonte sobre el cual se asentaba la vía del ferrocarril, y la topografía del terreno inspiró á Julio una idea soberbia; la de jugar á romanos y samnitas. El juego no podía ser más sencillo. Los niños se distribuían en dos fracciones; una de ellas, que representaría á los romanos, intentaría pasar por la vía férrea, mientras la otra, que figuraría á los samnitas, se apostaría en lo alto del desmonte, bien provista de guijarros, que dejarían caer sobre los de abajo.

El plan era soberbio, como hijo de la imaginación de Julio, pero tenía un inconveniente; no se encontraba quienes quisieran representar á los romanos, y, en cambio, todos querían ser samnitas. Fué inútil que Julio intentara dar lustre al papel de los romanos, haciendo presente que la victoria final sería de ellos; nadie se dejó deslumbrar por esa perspectiva, más remota y problemática que la de descalabrar á pedradas al enemigo. La discusión fué empeorando; se enfadaron todos, y en definitiva dijo Julio que no quería jugar. Los demás soltaron la carcajada; Julio se puso colorado de rabia, dió media vuelta con aires de rey ofendido, no vió dónde ponía los pies, resbaló, y cayó de lo alto del terraplén á la vía, en el momento mismo en que el tren salía de la estación. Aturdido por el golpe, quedó tendido junto al riel sin conocimiento, y sus compañeros no pudieron hacer más que gritar al ver que el tren se aproximaba.



...salvó la valla de un salto, corrió hacia Julio, lo sacó de la vía...

Fué aquél un momento horrible. Afortunadamente pasaba cerca de allí un señor, que al oír los gritos de los niños, vió lo que ocurría. Entonces salvó la valla de un salto, corrió hacia Julio, lo sacó de la vía y lo puso en lugar seguro. Un segundo más tarde pasaba el tren. ¡Cómo vitorearon los niños al señor Merton!

La caída sufrida obligó á Julio á guardar cama mucho tiempo, pues si bien es cierto que no le produjo lesiones de importancia, lo

dejó tan débil que el médico aconsejó á los padres que lo enviasen por quince días al menos á la playa, á respirar los saludables aires del mar. Los padres se apresuraron á cumplir la prescripción facultativa, y efectivamente, á poco de haber llegado á la playa, Julio principió á recobrar sus fuerzas.

En la playa, no tardó en trabar estrecha amistad con el joven Enrique Handas, pescador que, cuando no estaba haciendo su oficio, se encontraba sentado en la orilla, remendando las redes y refiriendo á Julio cuentos maravillosos relacionados con el mar. Ese pescador tenía un perro hermosísimo llamado Capitán que simpatizó con Julio casi tanto como con su dueño.

Interesaban sobremanera á Julio las aves marinas, y en distintas ocasiones manifestó deseos vehementes de poseer huevos de estas aves. Enrique le prometió llevarlo consigo un día para que satisficiera su deseo, pero la impaciencia de Julio era muy grande, y sin calma para esperar á su amigo, y creyendo que para realizar su propósito no necesitaba ayuda, sin más compañía que la de Capitán salió una tarde en dirección á las rocas, donde solían construir sus nidos las gaviotas y corvejones. Llegado al lugar en que, según las informaciones, debía haber nidos en abundancia, vió que la empresa no era tan sencilla como había imaginado, y perdió no poco tiempo trepando y volviendo á bajar, sin dar con rastros de lo que buscaba. Pasado algún tiempo, advirtió que Capitán parecía intranquilo y receloso, pues no cesaba de lanzar ladridos breves como de alarma; pero Julio prosiguió impertérrito su tarea, hasta que un fuerte gruñido del perro le obligó á dar media vuelta.

El pobre muchacho se quedó horrorizado. La alta marea le había cortado la retirada por completo. Veíase cercado de agua por todas partes, y la marea seguía subiendo; trepar á lo alto de los picos era imposible... En una palabra, consideró que su perdición era segura. Quitóse botines y medias é intentó escapar antes que el agua subiese más, pero no tardó en caer en uno de tantos hoyos abiertos en la arena, lo que le obligó á abandonar el recurso por ser excesivamente peligroso. ¿Qué haría?

Como si su situación no fuera ya bastante angustiosa, al volver á la roca se encontró con que Capitán había desaparecido. El golpe fué tremendo, pues Julio se veía privado de todo auxilio humano y también animal. Sobre su cabeza describían caprichosos círculos las gaviotas, lanzando chillidos estridentes que parecían ser himnos de triunfo, por la victoria que acababan de obtener sobre el insensato que había pretendido robar sus nidos. Lentamente, pero sin interrupción, subía el nivel de las aguas, estrechando cada vez más el círculo no invadido todavía. Sola una roca quedaba á la vista, la que servía de





Llegó Enrique con el agua hasta la cintura... (Pág. 39.)

refugio á Julio, pero su superficie era en extremo resbaladiza, apenas podía asentar los pies en ella. El apurado niño tendía sus miradas por el mar, en el que no se veían síntomas de auxilio; escudriñaba los picos de las peñas, y sólo veía aves marinas que lo contemplaban con sorna... Principió á adquirir entonces el convencimiento de que su situación era de las que no tienen remedio... Gritó con todas sus fuerzas... ¡Vano intento! ¡Nadie respondía!

Ya había perdido toda esperanza, cuando llegó á sus oídos un ladrido. ¿Sería, tal vez, Capitán? El ladrido parecía llegar de la izquierda... Sí... indudablemente, en esa dirección se distinguía una manchita negra que iba acercándose por momentos, y detrás de la manchita, otro bulto más grande... ¡ah!, ¡su amigo Enrique! El fiel animal, dándose cuenta del peligro que corría su compañero, había par-

tido en busca de auxilio. Llegó Enrique, con el agua hasta la cintura, y sacó de allí á Julio. Y, en todo el trayecto, hasta la tierra firme, el perro no cesó de manifestar su alegría ladrando ruidosamente.

Julio escapó de la segunda aventura con menos quebranto que en la primera; pero, con todo, no le han quedado ganas de volver á meterse en honduras.

## EL LEÓN, EL JABALÍ Y EL AGUILA

Sentados alrededor del fuego de nuestro campamento, dimos rienda suelta á la lengua y la conversación fué á parar al fin á las historias de animales. Uno de los acampados, cazador de mucha experiencia, escuchó tranquilamente y sin decir palabra las cosas que refirieron los demás, hasta que le suplicamos que nós hiciera el favor de narrarnos alguna de las muchas aventuras que seguramente le habían ocurrido. Nuestro hombre sacudió la ceniza de su pipa, tosió, y principió de esta suerte :

«No creo haberme visto jamás en tan grave aprieto como en el »que me puso un jabalí. Encontrándome en la India, se me ocurrió »tomar parte en una cacería que lastimó profundamente mi orgullo de »cazador. Habíamos levantado un jabalí viejísimo, y nos pusimos á »perseguirlo. El animal nos sacó una ventaja considerable y yo principié á dejar atrás á mis compañeros. Esta circunstancia, lejos de »contrariarme, hacía que me felicitase interiormente, pues, yendo solo, »toda la gloria sería mía. Con la velocidad del viento cruzábamos la »llanura, y gané tanto terreno que empecé á prepararme para atacarlo. »Enristré la pica, y en el momento de abalanzarme sobre el jabalí, »éste dió media vuelta y se anticipó al ataque cargando contra mí. Mi »caballo paró de golpe, y como yo no había previsto esa parada repentina, salí por las orejas y caí al suelo de bruces. Me consideraba ya »entre los colmillos del animal, cuando, con gran sorpresa, ví que no »me atacaba. Volví la cabeza, y juzguen ustedes cuál sería mi admiración al verlo tendido junto á mí, agonizando, al parecer. Me puse »en pie de un salto y lo rematé. Debo explicar que fué el caballo quien »me salvó la vida, pues había asestado tan tremenda coz á mi enemigo, que éste estaba moribundo; con seguridad, si el jabalí hubiera »tenido tiempo de caer sobre mí, me habría destrozado en un abrir y »cerrar de ojos.»

Siguió una pausa, á la que puso término uno de los circunstantes, mudo oyente hasta entonces de las aventuras referidas.

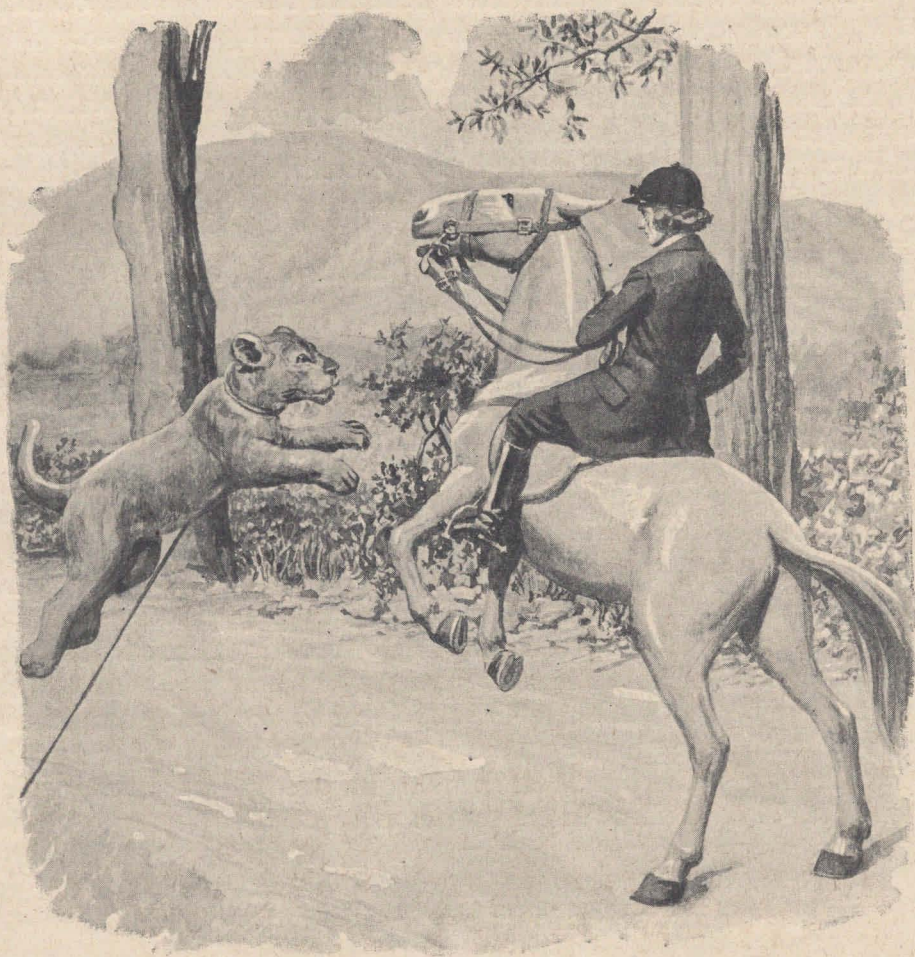


...sali por las orejas y caí al suelo de bruces. (Pág. 39).

«No puede negarse—dijo—que se encontró usted en una situación muy comprometida; pero, hablando de animales, difícilmente habrá en el mundo quien se haya visto en un trance tan singular como el que puso en grave aprieto á mi mujer. La cosa ocurrió cuando vivíamos en el sur de Africa. Era nuestra morada una granja situada en una región algo montañosa, muy frecuentada por los leones. Yo solía darles una que otra batida. Un día tuve la suerte de matar una hermosa leona que se me presentó acompañada de un cachorro bastante grande. Me dió lástima matar al cachorro y resolví llevarlo á mi casa; así lo hice, efectivamente, aunque con algún trabajo, arrastrándolo de una cuerda que le até al cuello. No estaba entonces en casa mi mujer, y se me ocurrió darle una sorpresa. En realidad se la dí, aunque debo confesar que dicha sorpresa excedió en mucho á la que yo me había propuesto. Até al leoncito á uno de los árboles que flanqueaban el camino por donde iba á pasar mi mujer al volver á casa, y me puse á esperar el resultado de la broma. Pasó la tarde sin que regresase mi mujer, y ya empezaba yo á sentir cierta

»intranquilidad cuando oí un estrépito inusitado en la entrada, y le  
»vi presa de terrible excitación y trayendo atravesado en la silla de su  
»caballo el cadáver del cachorro.

»Parece que regresaba tranquilamente cuando, al pasar junto al  
»sitio en que yo había dejado atado al leoncito, vió con sorpresa que  
»se alzaba un bulto de la hierba y que de un salto poderoso se precipi-  
»taba sobre ella. El caballo se encabritó, y la cuerda que por el cuello  
»sujetaba al cachorro le detuvo en mitad del salto haciéndole caer al  
»suelo. Como mi mujer jamás abandonaba el revólver, y sabía servir-  
»se de él á maravilla, en un abrir y cerrar de ojos puso fin á la exis-  
»tencia del leoncito. Entró en casa orgullosa de su hazaña, más con-  
»tenta que si hubiese conquistado un mundo. Cuando yo le conté lo  
»sucedido, disminuyó su entusiasmo, pero concluimos los dos por  
»reirnos de muy buena gana de la sorpresa que había sufrido.»



...y que de un salto poderoso se precipitaba sobre ella.

«Allá va mi historia—dije yo en cuanto acabó de hablar el otro;—  
»esta historia que no se refiere á un cuadrúpedo sino á un volátil, y,  
»además, fué un perro el que representó el papel principal. Mi aven-  
»tura se remonta á la época en que yo era aún un niño y solía pasar  
»las vacaciones en una de las islas situadas en la costa Occidental de  
»Escocia. Habían llegado á nuestros oídos no pocos cuentos acerca  
»de águilas que frecuentaban aquella región, y más de una vez las ha-  
»bía visto yo cernirse sobre los picachos más altos de las montañas,  
»aunque nunca pensé que alguna vez iba á trabar estrechas relaciones  
»con ellas. Aunque niño, yo era muy aficionado á aventuras y me gus-  
»taba pasar los días enteros en aquellas extensas campiñas sin más  
»compañía que la de mi perro, que parecía haberse dado cuenta de su  
»obligación de velar por mí, y que, dicho sea de paso, sabía cumplir  
»ese deber á maravilla.

»En la ocasión á que me refiero, habíamos salido como de costum-  
»bre, llevando un cestito de comida, de cuyo transporte se encargaba  
»siempre César; dirigimos nuestros pasos hacia la cumbre de una altí-  
»sima montaña, desde la cual podía admirarse el soberbio panorama  
»que ofrecían el mar, las montañas y los valles. El día era espléndido.  
»Con tanta alegría de César como mía coronamos la altura, y ambos  
»nos tendimos sobre la mullida alfombra que en aquellos parajes sue-  
»le deparar la pródiga naturaleza. Yo escogí el borde de un declive casi  
»perpendicular, y, tendido boca abajo, me distraje bastante rato aso-  
»mado al precipicio, en cuyo fondo descubría las puntas de las rocas  
»que mostraban sus cabezas fuera del agua, oía el confuso rumor de  
»las olas, y á lo lejos divisaba las azuladas colinas del continente. El  
»sol enviaba sus rayos espléndidos, que se quebraban en las verdus-  
»cas escamas del agua, y el cielo parecía haberse propuesto demostrar  
»que también en las regiones extremas del norte sabe tomar, si quiere,  
»un purísimo colorido. Después de breve descanso, atacamos con ver-  
»dadero ardor la merienda. Impremeditadamente me dejé estar en-  
»tonces al borde del precipicio, con las piernas colgantes en el vacío,  
»lo que causaba manifiesta intranquilidad á César, que demostró tener  
»más sentido común que yo. A mitad de la comida estábamos cuando  
»tuvimos que interrumpirla de una manera tan inesperada como poco  
»agradable. Ya había advertido yo que se cernía un águila sobre nues-  
»tras cabezas, pero como, al fin y al cabo, ese incidente no era nada  
»extraño, no puse en él mucha atención. De pronto, cuando menos lo  
»esperaba, oí un furioso aleteo, y recibí al mismo tiempo un gran gol-  
»pe en la cabeza, que me lanzó al vacío... Afortunadamente logré asir-  
»me á tiempo á un arbusto, gracias al cual, no sin grandes dificulta-  
»des, pude recobrar mi posición anterior. Entonces vi que César es-  
»taba librando descomunal batalla con un águila tremenda. El ave



El fiel perro había clavado sus dientes en una pata del águila...

»había visto, probablemente las provisiones y había resuelto trasladar  
 »á su buche el alimento que necesitaban nuestros estómagos, pero no  
 »había contado con César. No era éste de los que consienten que al-  
 »guien atente contra los bienes de su amo sin defenderlos gallarda-  
 »mente. El fiel perro había clavado sus dientes en una pata del águi-  
 »la, obligando á ésta á fijar su atención en el antagonista que se le  
 »presentaba tan inesperadamente. Entonces atacó con furia á César,  
 »arrancándole con su duro pico más de una tira de pellejo. Mientras  
 »tanto, allí estaba yo, paralizado por el susto al borde mismo del pre-  
 »cipicio, mudo é inmóvil espectador de la contienda. Creí que el po-  
 »bre perro acabaría por rodar al abismo, arrastrado por su poderoso  
 »enemigo, pero se defendió con furia; y como por otra parte, yo había  
 »conseguido trasladarme á un lugar menos peligroso, en cuanto tomé  
 »un poco de aliento, acudí en auxilio de mi valiente defensor. Entre

»los dos conseguimos vencer á la temible ave, que, reconociendo que  
 »llevaba en la contienda la peor parte, alzó de pronto el vuelo. Llevaba  
 »en el cuerpo bastantes señales de los dientes de César, y seguramen-  
 »te debe haber tardado mucho antes de intentar otra aventura análoga.  
 »También sacó César algunas heridas, pero en verdad nadie salió del  
 »lance tan malparado como yo, pues el susto casi me costó la vida.»

En este punto estaba la conversación cuando, al notar que el fue-  
 go se apagaba ya, dí á todos las buenas noches, me arrebujé en la man-  
 ta, y me dormí.

## SALVADOS DE UN NAUFRAGIO

—¡Corriendo, hijos míos! ¡Tomen un salvavidas cada uno, y al  
 puente! ¡El barco se hunde!

Dichas estas poco tranquilizadoras palabras, el señor Litón dejó á  
 sus hijos con la misma brusquedad con que se les había presentado;  
 y David y Herberto se quedaron presa de terrible consternación. Am-  
 bos regresaban de un largo viaje que á bordo de un magnífico velero  
 estaba ya por terminar, y, cuando se aproximaba el anhelado momen-  
 to de saltar á tierra, cuando tenían á la vista el puerto en que iban á  
 fondear á la mañana siguiente, los despertaba de improviso su padre  
 con noticia tan alarmante. Cierto es que, desde algunos días antes, es-  
 taban navegando con viento extremadamente duro y mar gruesa, y el  
 capitán había tenido que vencer no pocas dificultades para conservar  
 su rumbo, pero nada había hecho sospechar el desastre con que se  
 veían amenazados. David y Herberto estaban acostados en el cama-  
 rote, saboreando por anticipado la deliciosa sensación de despertar á  
 la mañana siguiente en aguas tranquilas y acariciadoras, anclados jun-  
 to al muelle, y en vez de eso, se vieron lanzados de sus literas por una  
 sacudida tremenda, y observaron que el buque crujía y se estremecía  
 de proa á popa.

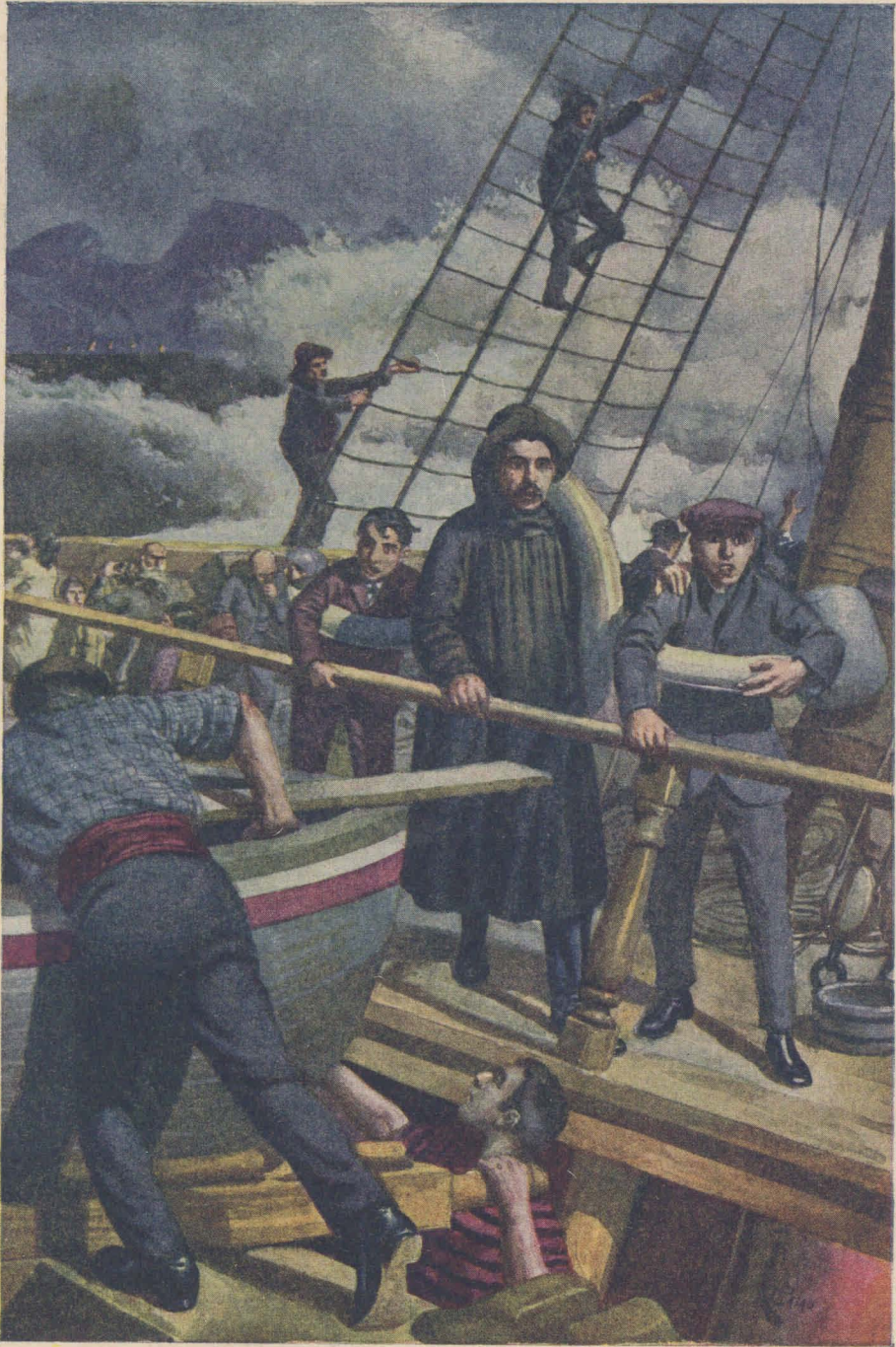
David acababa de decir á su hermano:

—Creo, Herberto, que ocurre algo desagradable.

Se vistieron los dos apresuradamente, y no bien habían terminado,  
 cuando entró el padre con los salvavidas y les comunicó á boca de ja-  
 rro la fatal nueva.

Corriendo subieron al puente, y vieron que el mar estaba tan mal  
 como la víspera, y que en todas partes reinaba la confusión más espanta-  
 tosa.

Los pasajeros corrían de un lado á otro con el terror pintado en



—¡Tomen un salvavidas cada uno, y al puente! (Pág.44.)



sus semblantes, recogiendo á toda prisa sus equipajes y dirigiendo ansiosamente preguntas ridículas á los marineros, demasiado atareados para contestarlas. No sin dificultad consiguieron los niños encontrar á su padre, que era uno de los pocos que no habían perdido la serenidad.

—¿Cuánto tardará el buque en irse á pique, papá?—le preguntó David, haciéndose oír con gran trabajo, pues el ruido de las voces mezclado con el bramido del viento y el estruendo de las olas formaban un estrépito ensordecedor.

—Media hora escasa, según calcula el capitán—contestó el padre—¿Se han puesto los salvavidas?

—Sí, papá—contestó Herberto.

Los niños se mantuvieron perfectamente serenos; mientras estaban al lado de su padre, no temían nada, confiaban en que, por grande que fuese el peligro, acabarían por salir de él con felicidad.

El espectáculo era sublime, encantador, por más que los infelices naufragos no estuvieran en disposición de apreciar la majestuosidad de la escena. Había cesado por completo la lluvia, pero las nubes seguían cruzando con rapidez vertiginosa el firmamento, ora cerrando el paso á los rayos de la luna, ora dejando que el astro iluminase con su pálida luz las olas, que bramaban furiosas amenazando tragarse el buque. Divisábanse los erizados picachos de la costa, cuajada de puntos luminosos que en fantástica carrera se trasladaban de una parte á otra, lo que demostraba que los habitantes del pueblo habían advertido el peligro en que estaba el buque. El capitán había hecho ya las señales que indicaban la apurada situación en que se veía, había lanzado cohetes, pero aun no se veían preparativos de auxilio.

Dióse orden de arriar los botes, operación que tropezó con grandes dificultades, pues el mar alborotado amenazaba estrellar contra el buque á las frágiles embarcaciones. Y no quedó en amenazas, pues uno de los botes naufragó, afortunadamente antes que subiese á él algún pasajero. Los demás resistieron brillantemente al oleaje y se alejaron cargados de hombres muertos de miedo. El señor Litón prefirió permanecer con sus hijos á bordo del buque naufrago antes que afrontar en algún bote los riesgos de un mar embravecido, y su resolución resultó muy acertada pues todos los botes se perdieron.

De pronto David dió un grito al distinguir algo que venía en dirección al buque. Los que quedaban á bordo miraron, como si quisieran taladrar con sus ojos las densas tinieblas que los cercaban, y vieron al fin una lancha que, luchando victoriosamente con las olas, acudía en auxilio. ¡Con qué afán la contemplaban! Varias veces pareció hundirse en el enfurecido elemento, tardando tanto en reaparecer que hasta Litón mismo perdía la esperanza, pero volvía á surgir siempre



...y vieron, al fin, una lancha que, luchando victoriosamente con las olas... (Pág. 46.)

en la cresta de las olas, y su reaparición era saludada con gritos de «¡Allí está!»

La lancha llegó hasta corta distancia del buque, pero le faltaba hacer entonces lo más difícil: tomar á su bordo á los que habían quedado en el buque. No podía aproximarse á éste sin correr gravísimo riesgo de hacerse pedazos contra los costados de la embarcación. El señor Litón y sus dos hijos, confiando en sus salvavidas, se lanzaron al mar entonces, y fueron recogidos sanos y salvos por los tripulantes de la lancha. Momentos después, dió el velero una cabezada tremenda, y principió á irse á fondo.

Los tripulantes de la lancha gritaron á los que quedaban en el buque que se sumergía. Dos ó tres hombres se veían en la borda, pero no

podían hacer nada de provecho á causa del terror que los dominaba. Los de la lancha les lanzaron cabos, y lograron salvar á uno que consiguió asirse; pero el velero dió otra cabezada, más terrible que la anterior, acometiéronle por ambas bandas olas como montañas, y la desgraciada embarcación bajó al fondo del mar con todo lo que conservaba á bordo.

La lancha puso entonces proa á la playa. Peligroso fué el viaje; más de una vez, el insaciable mar estuvo á punto de tragarse la frágil embarcación, pero ésta resistió valerosamente, cruzó sus olas embravecidas y llegó á tierra. El señor Litón, con sus dos hijos, recibió hospitalidad en una de las casas inmediatas, y fueron atendidos con cariñosa solicitud.

A la mañana siguiente se dispusieron á marchar por ferrocarril á su destino, pero antes quisieron trasladarse á la playa para visitar la escena del desastre. La tempestad había cedido, y aunque las olas continuaban batiendo con alguna fuerza la costa, el mar aparecía relativamente tranquilo. Brillaba el sol sobre aquellas aguas cubiertas de restos del naufragio. Los niños contemplaron la escena intensamente dramática sin pronunciar palabra, y su padre se dió cuenta de que no tenía necesidad de hablar para infundir en sus tiernos corazones sentimientos de agradecimiento al Cielo por haberse salvado de la catástrofe.



Los de la lancha lanzaron cabos...



...la rama se rompió al afirmarse él en ella... (Pág. 50.)

## UNA RIÑA Y SUS CONSECUENCIAS

Con tanto conocimiento de causa como el mejor, puedo referir la historia de la riña ocurrida entre Gorrión y Mantequilla, por cuanto fuí testigo presencial de los dos hechos impresionantes á que dió origen ese desacuerdo. Siendo, como era yo, amigo de los dos, pues uno y otro eran la decencia personificada, se comprenderá que hice cuanto pude para que desapareciera su animosidad; pero Gorrión se obstinaba en exigir que Mantequilla le diera una satisfacción, y, como es natural, Mantequilla no quería ni oír hablar de semejante cosa.

Casi he olvidado la causa de su desacuerdo. Me parece que se debió simplemente á que Gorrión hizo no sé qué apreciaciones acerca de la afición de Mantequilla á coleccionar insectos, y Mantequilla, lastimado en su parte más sensible, dijo que Gorrión era un grosero, ó algo por el estilo. Luego resultó que ninguno de los dos dirigía al otro

la palabra, y la consecuencia de esta actitud fué un accidente al primero.

Paseábame yo con Mantequilla por un sendero que, en un ribazo, borda el río, á corta distancia del colegio. Era ése nuestro paseo favorito, como para la mayor parte de los colegiales, pues, aparte de ofrecer el atractivo de ser muy pintoresco, en muchas partes nos permitía el placer de lanzar piedras al río desde una altura de cincuenta pies. Pues bien: ese día, al llegar á un sitio que se llama Paso Engorroso, dimos de manos á boca con Gorrión.

Lugar verdaderamente difícil es el Paso Engorroso. El sendero es tan estrecho que no admite el paso de dos personas á un tiempo, y si alguien llega á tener la desgracia de pisar en falso, con seguridad irá á dar con su cuerpo al fondo del río. Gorrión y Mantequilla se quedaron entonces frente á frente, mirándose sin decir palabra y resueltos, al parecer, á no cederse mutuamente el paso. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Al fin, Mantequilla hizo ademán de seguir andando, y Gorrión, queriendo ser cortés y sarcástico al mismo tiempo, retrocedió un poquito con la intención de hacer una reverencia á Mantequilla cuando pasara. Con este objeto, se asió á la rama de un árbol que crecía entre las rocas, pero la rama se rompió al afirmarse él en ella, y, antes que pudiera decir ¡Jesús! cayó de cabeza al agua.

Renunció á describir el disgusto que Mantequilla sufrió entonces, pues echó sobre su persona toda la responsabilidad del accidente. En seguida emprendió veloz carrera hacia el río, aplicándose los improperios más fuertes de su repertorio. Encontramos á Gorrión sin conocimiento, con una cortadura tremenda en la cabeza y magulladuras en todo el cuerpo.

Cuando Gorrión abrió los ojos y vió á Mantequilla, le dirigió una mirada... ¡Pobre Mantequilla! La mirada de su antagonista lo hizo estremecerse. A partir de aquel momento, Gorrión tenía sobre él una ventaja inmensa: la de aparecer como víctima inocente... y hay que decir que la aprovechó desde el primer momento. Fingió no ver á Mantequilla, no admitió de él el más pequeño auxilio, y yo me encargué de llevarlo á su casa como Dios me dió á entender. Durante todo el tiempo que duró su convalecencia representó el papel de mártir, presentando á Mantequilla como un feroz malvado que se ensañaba en su persecución. Nada podía hacer Mantequilla, pues todas sus razones, todas sus explicaciones, se habrían estrellado contra la animosidad de Gorrión. Hasta llegó á desear que éste lo acusase ante el director del colegio de haberlo echado al río, pero Gorrión no hizo nada de eso, bien persuadido de que disgustaría mucho más á Mantequilla manteniéndose en una actitud aparentemente magnánima.

Mantequilla me confesó entonces su amargura diciendo que no



...atacó al perro con una de las palas que sirven para jugar al cricket. (Pág. 52.)

veía medio de resolver satisfactoriamente el conflicto y que se consideraba muy desgraciado. Huelga decir que, cuando los dos rivales se encontraban, uno y otro extremaban la corrección y delicadeza de sus maneras, bien que sin dirigirse la palabra; y en esos casos Gorrión no se olvidaba de poner cara de víctima sacrificada, procedimiento que sacaba de sus casillas á Mantequilla. Principié á sospechar que Mantequilla acabaría por rogar á sus padres que lo sacasen del colegio, pero sobrevino entonces el segundo incidente, que llevó las cosas á un término más feliz.

Regresaba yo á casa, después de dar un paseo, acompañado esa vez de Gorrión. Acabábamos de doblar el ángulo de una callejuela,

cuando oímos unos gritos que nos hicieron volver la cabeza. Vimos una turba de hombres y muchachos persiguiendo á un perro enorme que venía hacia nosotros á todo correr, con la lengua fuera y con el hocico lleno de espuma. Los que lo perseguían gritaban á una voz:

—¡Está rabioso! ¡Cuidado! ¡Mátenlo!

Gorrión se puso más blanco que el papel, y antes que yo pudiera darme cuenta exacta de lo que ocurría, cayó al suelo desmayado. Inmediatamente lo levanté, pero, por desgracia, el perro, recto como una flecha, se abalanzó sobre nosotros. Yo no supe qué hacer. No me era posible sostener á Gorrión desmayado y defenderle al mismo tiempo; no podía llevarlo á lugar seguro, y quién sabe lo que habría sido de nosotros, si no hubiera llegado Mantequilla en ese instante. Dándose cuenta cabal de las cosas, de una ojeada, el buen muchacho atacó al perro con una de las palas que sirven para jugar al cricket.

Del primer garrotazo tendió al perro á sus pies, y volviéndose entonces hacia nosotros, dijo:

—¡Cómo! ¡Válgame Dios! ¡Si es Gorrión!...

Estas palabras demostraron claramente que Mantequilla había obrado en esas circunstancias con el propósito de hacer algo que lo congraciase con su rival, puesto que no sabía á quién iba á librar de la furia del perro rabioso. La mayor parte de los colegiales, testigos de la escena, aclamaron entusiasmados á Mantequilla. Cuando Gorrión salió de su desmayo, dos ó tres se apresuraron á manifestarle que debía la vida á Mantequilla, contando con pelos y señales todo lo ocurrido. Naturalmente, ya no le era posible á Gorrión seguir representando el papel de víctima inmolada, y, por otra parte, en la imposibilidad de no reconocer el servicio que acababa de recibir, Gorrión tendió su mano á Mantequilla y quedaron definitivamente hechas las paces entre los dos.

## AVENTURA DE ANITA CON UN LOBO

Era Anita una niña que vivía en lo más agreste de los bosques, hace muchos años, cuando el país estaba poco poblado y abundaban extraordinariamente los lobos y otras fieras. Casi siempre solía acompañarla su hermano Luis, que le llevaba varios años de ventaja; pero Anita, no obstante su poca edad, era valiente y conocedora de las costumbres y mañas de las fieras de los bosques.

Una noche se había embarcado con su hermano en la canoa para hacer una excursión por el río. Tenía éste último mucho empeño en



Una noche se había embarcado con su hermano en la canoa... (Pág. 52)

matar un alce, y creía que á esa hora podría realizar mejor su propósito que durante el día. Descendieron rápidamente por el río hasta el sitio en que Luis se había propuesto desembarcar. El muchacho saltó entonces de la canoa, Anita le alargó el fusil, y Luis, después de recomendar á su hermana que esperase su regreso, se perdió entre la espesura, en busca de la caza que codiciaba.

Pronto se extinguió el rumor de sus pasos, y Anita se quedó sola en la canoa. Largo rato estuvo esperando, quietecita, toda oídos para no perder el estampido del tiro que le haría saber que su hermano había tropezado con el alce; pero todo era silencio, nada se oía, como no fuera el canto de algún pájaro ó el chillido de las lechuzas, ó el aullar de los lobos en las profundidades del barranco. Anita no se inquietaba, sin embargo, conocedora como era de los sonidos que de ordinario interrumpen el silencio de los bosques; sólo que, al cabo de un rato, principió á molestarla la expectativa y la inactividad.

Crejó que no correría peligro alguno saliendo de la canoa para dar un paseíto por la margen del río... ¡hacía tanto frío y sentía tanta necesidad de estirar sus piernitas medio entumecidas! Ató la canoa á una rama que se descolgaba hasta besar el agua, saltó á tierra y echó





Avanzó el lobo hasta el centro del árbol, y se detuvo.

á andar en la misma dirección que había tomado su hermano. Llegó así á un sitio en que el río parecía cruzado de orilla á orilla por un gran árbol caído, y entonces se detuvo, mirando en rededor. A poca distancia vió la canoa meciéndose en el agua; Luis no había vuelto aún. Aplicó el oído... oyó que algo se movía en la margen opuesta... Todo estaba tranquilo... pero, ¿cómo se había roto la rama cuyo crujido acababa de llegar á sus oídos? Anita se quedó inmóvil, sin respirar, y vió que por la orilla opuesta andaba un bulto que fijaba en ella dos ojos chispeantes, ojos que parecían ascuas. A pesar de las sombras que lo envolvían, la niña distinguió al fin que ese bulto era un lobo enorme... ¿Seguiría la fiera su camino sin pensar en el árbol que servía de puente? ¡No! Vió el árbol, y sin vacilar se dispuso á cruzar el río andando sobre él. Presa de un terror que sería difícil expresar con palabras, Anita observaba cómo brillaban sus blancos y agudos dientes, cómo se abrían sus fauces aullando de rabia, y pensó que, si recurría á la fuga, la fiera la alcanzaría en un momento y la derribaría. No tenía más remedio que hacer frente al animal. Si Luis estuviera á su lado... pero se encontraba sola, y sin poder disponer de un arma...

Avanzó el lobo hasta el centro del árbol, y se detuvo. Sin duda le sorprendió ver que Anita no emprendía la fuga. En realidad tenía mo-



Sin perder tiempo la condujo á la canoa... (Pág. 56.)

tivo de sobra para sorprenderse, pues á nosotros mismos nos admira que la tierna niña pudiera resistir la presencia de un ser tan horripilante. Era el lobo flaco y macilento, estaba medio pelado, y miraba de una manera perversa, sobre todo cuando fijaba sus ojos de demonio en la pobre niña. Relamíase de gusto el hocico saboreando por anticipado la tierna carne que iba á engullir... ¡Sabrosa cena! pensaba. Anita, sin embargo, no daba muestras de temor; es verdad que su corazón latía con violencia inusitada, pero no lo es menos que no lo demostraba, que guardaba una actitud aparentemente tranquila, clavados sus ojos en los del lobo. ¿Llegaría Luis á tiempo? El lobo dió dos pasos más, y volvió á detenerse... como temeroso de que la inmovilidad de la niña encubriese alguna trampa. Aquella criatura contaba seguramente con medios de defensa que él no advertía. Avanzó otro paso... Anita se consideró irremisiblemente perdida, pero en aquel instante el lobo volvió de pronto la cabeza en dirección al sitio donde había quedado la canoa; sonó un tiro, y el animal dió un salto convulsivo y cayó sin vida en el agua.

Segundos después llegaba Luis cruzando la espesura, y tomaba en sus brazos á Anita en el momento que ésta caía desmayada. Sin perder tiempo la condujo á la canoa, donde no tardó en reponerse.

Parece que Luis había tenido la poca suerte de no dar con el alce, y cansado de buscarlo inútilmente, había desistido de su empeño, regresando al sitio en que había dejado á Anita. Con la sorpresa que es de suponer halló vacía la canoa, y, echando una ojeada á los alrededores pudo ver la figura del lobo resaltando sobre el tronco, que cruzaba el río. Adivinó la situación, apuntó cuidadosamente, y ya conocemos el feliz efecto de su disparo.

Algún tiempo después, cuando el invierno empezaba á anunciarse, salió á la caza del alce con mejor suerte. Esa vez mató uno, pero no sin haber librado antes un feroz combate en el que tuvo que oponer la punta de su cuchillo de monte contra los poderosos cuernos del animal. Anita no le acompañaba en esa expedición; la aventura del lobo la tenía encerrada en la casa todavía, sin ganas de que se repitiera el suceso.

## INDICE

	PÁGS.
Fracaso espléndido. ....	1
La nueva institutriz. ....	5
Atacado por un águila. ....	9
Aventura de la casa vacía. ....	11
Algunas historias de leones. ....	15
Lo que hizo Ricardo. ....	19
Cómo llevé los despachos. ....	22
Aventura con un tiburón. ....	26
Al fondo de la sima. ....	31
Las dos escapadas de Julio. ....	35
El león, el jabalí y el águila. ....	39
Salvados de un naufragio. ....	44
Una riña y sus consecuencias. ....	49
Aventura de Anita con un lobo. ....	52

# BIBLIOTECA PARA NIÑOS

## TOMOS PUBLICADOS

- |  |   |  |
|--|---|--|
| <p>Mi primera lectura.<br/>Horas felices.<br/>El mundo animal para niños.<br/>El amiguito.<br/>Escuela de animales.<br/>Aventuras de animales.<br/>Los niños de otros países.<br/>El libro del nene.<br/>Niños buenos y niños malos.<br/>Cuentos para niños.<br/>El país de las maravillas.<br/>Cuentos de hadas.<br/>El mundo maravilloso.<br/>Mi libro favorito.<br/>Episodios y aventuras.<br/>Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)<br/>Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)<br/>Narraciones.<br/>Tardes de Otoño.<br/>El mundo de los niños.<br/>Las tribulaciones de Meterete.<br/>Leedme.<br/>Episodios de animales.<br/>Los hijos del héroe.</p> | <p>El libro de las maravillas.<br/>Historias de animales.<br/>El libro de los niños.<br/>Cómo juegan los niños de todo el mundo.<br/>A B C. El libro de oro de los niños.<br/>La hija de Juan Palomo.<br/>El aventurero.<br/>La ciudad del oro.<br/>La isla desconocida.<br/>El país de los antropófagos.<br/>Los misterios de la selva.<br/>Pirulete en el país del sueño y de la holganza.<br/>Lecturas infantiles.<br/>La voz de los niños.<br/>Cómo viven los niños de otras razas.<br/>Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.<br/>Fábulas de Samaniego.<br/>La nochebuena.<br/>Robinson Crusó.<br/>Lo que puede más que el hombre.<br/>Lo que somos.</p> | <p>Cuentos de Grimm.<br/>Las famosas aventuras de don Quijote.<br/>Cuentos de Perrault.<br/>Fábulas de Esopo.<br/>Cuentos del abuelito.<br/>En vacaciones.<br/>Genoveva de Brabante.<br/>Niños de todas clases.<br/>Los dos hermanos.<br/>Eustaquio.<br/>Vidas de hombres célebres.<br/>Episodios históricos.<br/>Cuentos y fantasías.<br/>Fábulas de Iriarte.<br/>Cuentos de Andersen.<br/>Cuento de primavera.<br/>Mi mejor juguete.<br/>Para el nene.<br/>Gulliver en el país de los enanos.<br/>Gulliver en el país de los gigantes.<br/>Animales feroces.<br/>Animales domésticos.<br/>Lecturas escogidas en prosa y verso.</p> |
|--|---|--|

# BIBLIOTECA SELECTA

## VOLUMENES PUBLICADOS

- |   |  |   |
|---|--|---|
| <p>1. El molino de los pájaros.<br/>2. Corazones dormidos.<br/>3. Flores de juventud.<br/>4. La vanidosa Alicia.<br/>5. El espadachín.<br/>6. El heredero.<br/>7. La fuerza del bien.<br/>8. El sueño de Pepito.<br/>9. Juegos y hazañas de animales.<br/>10. Cuentos de Andersen. (1.º)<br/>11. Cuentos de Andersen. (2.º)<br/>12. La cabaña del tío Tom.<br/>13. Robinson.<br/>14. El teatro de los animales.<br/>15. Verdades y fantasías.<br/>16. Mimos de niña.<br/>17. El instinto de los animales.<br/>18. El amor y la guerra.<br/>19. El premio gordo.<br/>20. Un ministerio de animales.<br/>21. La pícaro vanidad.<br/>22. Un charlot del mundo animal.<br/>23. Un experimento del doctor Ox.<br/>24. Un drama en los aires.<br/>25. Por mentir.</p> | <p>26. Rosina.<br/>27. Paquito el explorador.<br/>28. Desconocida aventura de Teresa Panza.<br/>29. El Ángel.<br/>30. Ib y Cristina.<br/>31. El último sueño del roble.<br/>32. El cofre volador.<br/>33. El tío «Cierra el ojo».<br/>34. La virtud del borrico.<br/>35. Fábulas de Iriarte.<br/>36. En otros tiempos.<br/>37. La campana.<br/>38. Los forzadores del bloqueo.<br/>39. Una ciudad flotante. (1.ª)<br/>40. Una ciudad flotante. (2.ª)<br/>41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)<br/>42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)<br/>43. Las Indias negras. (1.ª p.)<br/>44. Las Indias negras. (2.ª p.)<br/>45. El rigor de las desdichas.<br/>46. Los huevos de Pascua.<br/>47. La guirnalda de flores.<br/>48. La Paloma.—El Canario.<br/>49. El canastillo de flores.<br/>50. El honrado Fridolin.<br/>51. La «Granja de los Tilos».<br/>52. Rosa de Tanemburgo.</p> | <p>53. El nido del pájaro.<br/>54. La cruz de madera.<br/>55. El Condesito.<br/>56. La condesa Ida.<br/>57. Héctor Servadac. (1.º)<br/>58. Id. id. (2.º)<br/>59. El maestro Zacarias.<br/>60. Martín Paz.<br/>61. Cinco semanas en globo.<br/>62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)<br/>63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)<br/>64. Los Quinientos millones de la Begún.<br/>65. De la tierra a la luna.<br/>66. Alrededor de la luna.<br/>67. El «Chancellor».<br/>68. Las tribulaciones de un chino en China.<br/>69. Una invernada entre los hielos.<br/>70. Veinte mil leguas de viaje submarino.<br/>71. La vuelta al mundo en ochenta días.<br/>72. Viaje al centro de la tierra.</p> |
|---|--|---|